

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 933.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

Chateaudun; grabado. — El trovador Folquet. — El 31 de octubre a las nueve y media de la noche; grabado. — Proclama del general Trochu. — El día de Difuntos en el cementerio du Montrouge; grabado. — Revista de París. — Los hijos de Carlomagno. — Los faros eléctricos de la defensa; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Los alistamientos voluntarios; grabado. — Soldados, guardias movlizados y nacionales; grabados. — De Villahermosa á la China. — El general de Maudhuy; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los despachos foto-microscópicos; grabado.

Chateaudun.

Otra ciudad valerosa que acaba de ilustrarse, inscribiendo su nombre en el libro de oro de la historia, por lo cual la República la ha declarado benemérita de la patria.

Chateaudun ha sucumbido.

Chateaudun es una población de 6,700 habitantes, que tenía para defenderse algunos guardias nacionales y algunos franco-tiradores parisienses, como unos 2,000 hombres.

Los prusianos eran 5,000 y no pudieron tomar la ciudad; el hecho es incontestable. Y sin embargo, Chateaudun no tenía defensa, era una población enteramente abierta...

Luchó y el prusiano no pudo apoderarse de ella sino bombardeándola, cañoneándola, quemándola casa por casa.

Esta lucha palmo á palmo duró cerca de diez horas, desde el medio día hasta las nueve y media de la noche.

En la primera página de este número representamos el último acto de este drama heroico.



CHATEAUDUN. — Defensa de una barricada delante de la plaza Mayor.

Es el combate que se dió para defender la plaza Mayor. Ya la ciudad estaba perdida, y no obstante, los valientes defensores combatían aun y las noticias que nos han llegado atestiguan que la plaza se hallaba llena de cadáveres.

¡Qué de actos heroicos en aquel puñado de hombres! ¡Honor á ellos que no vacilaron en sacrificar la vida por la patria!

El enemigo entró por fin; pero no ocupó la ciudad, sino un montón de escombros, debajo del cual había mil ochocientos cadáveres prusianos.

Chateaudun, que tan alto ha elevado su nombre, era una bonita ciudad y una de las más antiguas del departamento de Eure y Loir...

En tiempo de los romanos se llamaba Castello-Dunum y en el de los francos se llamó *Chateau-Dun*: *Dun* significa altura.

Su nombre explica su situación: sus primeras casas se agruparon en la pendiente de la cuesta, en cuya cumbre se levanta orgulloso el castillo señorial.

La cuesta forma un semicírculo y toda ella está llena de casas y vergeles.

También había en Chateaudun algunas fábricas; pero su riqueza principal era agrícola.

Hoy no tiene más que ruinas; se conoce, pues, que por allí han pasado los prusianos.

R. DE M.

El trovador Folquet.

I.

En las *Vidas de los trovadores* escritas en provenzal ó en lengua romana por autores del siglo XIII, se dice de este trovador lo siguiente, que al pie de la letra traducimos:

«Folquet, de Marsella, era hijo de un mercador de Génova que se llamaba Alfonso, y que, á su muerte, le dejó muy rico. Tenía Folquet mucho talento, era muy entendido, y ofreció sus servicios á hombres poderosos, con los cuales privó, acompañándoles en sus excursiones y correrías. Obtuvo el favor del rey Ricardo y del buen conde Ramon de Tolosa y de En Barral su señor de Marsella. Supo trovar muy bien y era de gentil y gallarda presencia. Cortejaba á la mujer de su señor En Barral, aclamándola por dama de sus pensamientos, y á ella dedicaba sus canciones, pero ni su mérito personal ni el de sus canciones pudieron jamás obtener de ella el mas leve favor amoroso, cosa de la cual se queja amargamente en todas sus poesías.

» Cuando el buen rey Alfonso de Castilla fué derrotado por el rey de Marruecos, que era apellidado Miramamolí (1), quien le tomó Calatrava y Salvatierra y el castillo de Toninas, hubo gran llanto y consternación en toda España y entre todas las buenas gentes que supieron la nueva, á causa del deshonor que de ello sufrió la cristiandad y de las grandes pérdidas sufridas por aquel buen rey en personas y tierras. Ya otras veces sucediera que las gentes del Miramamolí habían invadido el reino del rey Alfonso, causándole graves daños y perjuicios. Sucedió entonces que el buen rey Alfonso envió sus mensajeros al papa para pedirle que le hiciese socorrer por los barones de Francia y de Inglaterra, por el rey de Aragón y por el conde de Tolosa. En Folquet, que era muy gran amigo del rey de Castilla, y que aun no había entrado en la orden del Cister, compuso entonces una oración (*fez una prezicausa*) para alentar á los barones y buenas gentes á socorrer al buen rey de Castilla, insistiendo sobre el honor que les reportaría el auxilio que diesen al rey y el perdón que de Dios alcanzarían por ello; cuyo oración comenzaba así:

Hueimais no i conose razo...

» Folquet, como ya sabeis, amaba á la esposa de su señor En Barral, madama Azalais de Roca Martina, y la loaba en sus versos, y por ella y para ella componía sus canciones, pero tenía buen cuidado que no se divulgara, pues que era la mujer de su señor y se le hubiera achacado como grande felonía; y su dama soportaba sus ruegos y canciones á causa de los grandes elogios que de ella hacía. En Barral tenía dos hermanas de grande mérito y de mucha belleza, llamada la una Na Laura de San Jorlan, y la otra Na Mabilia de Pontevés. Las dos habitaban con En Barral, y En Folquet tenía tanta intimidad con ellas, que no parecía sino que estaba en relaciones amorosas con cada una. Madama Azalais pensaba que se entendía con Na Laura, siendo correspondido de esta, y le acusó por despedirle, no cuidándose de escuchar por mas tiempo ni sus ruegos, ni sus canciones, ni sus buenas palabras. Así, pues, le hizo decir que se alejase de Na Laura y que no esperase ya más de ella misma ni amistad ni amor.

» Sintióse mucho Folquet de que su dama le hubiese despedido, y abandonó diversiones, cantos y alegrías. Largo tiempo permaneció sumido en la tristeza, lamen-

(1) El emir Yusuf ben Tachfin, príncipe de los almora-vides.

tando su grande desventura, pues perdía á su dama, que era lo que mas amaba en el mundo, á causa de otra dama de la cual solo por cortesía se había ocupado. A consecuencia de estos pesares, pasó á visitar á la emperatriz mujer de Guillermo de Montpellier ó hija del emperador Manuel, la cual era dama de altas prendas, muy nombrada por su proteccion al mérito, su amor á la cortesía y su afición al Gai saber, y le contó todas sus cuitas. Le consoló la emperatriz lo mejor que pudo, y le suplicó que no se apesadumbrase ni desesperara, sino que por el contrario tornase á cantar y á hacer canciones por el amor de ella, y así fué que, cediendo á los ruegos de la emperatriz, compuso aquella canción que dice:

Tan mou de corteza razo...

» Y sucedió que madama Azalais murió, y En Barral su marido, señor de Folquet, murió también; y el buen rey Ricardo murió, y lo mismo el buen conde Ramon de Tolosa y el rey Alfonso de Aragón. Entonces, la tristeza que hubo de causarle la muerte de su dama y de todos estos príncipes, le hizo abandonar el mundo, y entró en la orden del Cister, con su mujer y dos hijos que tenía. Y fué abad de una rica abadía de Provenza que se llama Torondet, y en seguida fué nombrado obispo de Tolosa y allí murió.

Tal es la biografía que de Folquet se nos traza en las *Vidas* de algunos trovadores, escritas por autores del siglo XIII y sacadas del olvido en que yacían, gracias á los trabajos inteligentes de Raynouard, del *Indigena* de Tolosa y de otros hombres de mérito; pero mucho, y mucho más ciertamente, hay que decir de aquel trovador célebre cuya tempestuosa y agitada vida se movió en un gran teatro, y cuya sombría figura se dibuja con negros perfiles en las sangrientas escenas de su época.

Vamos, pues, á decir todo lo que de él ha llegado á nuestra noticia, y procedamos con orden.

II.

Folquet, Folquetz, Foulquet, Foulques ó Folqueto, pues con todos estos nombres es conocido, segun son los autores que de él se han ocupado, debió nacer por los años 1155 en la ciudad de Génova, pues si bien se le llama Folquet de Marsella, no es á causa de ser hijo de esta población, sino por ser allí donde pasó gran parte de su vida, allí donde escribió sus más inspirados cantos, y allí, finalmente, donde estuvo el teatro de sus cuitas de amores.

Es exacto, y comprueba con todos los demás documentos que hemos tenido ocasión de examinar, lo que de él dice su biógrafo provenzal relativamente á su amor hacia la hermosa Azalais, mujer de Barral de Marsella.

Barral ó Beraldo de Baucio, vizconde de Marsella, era uno de los más nobles y poderosos señores de Provenza. Conocida es la pretension de la casa de Baucio al señorío y condado de Provenza, y sabidas son sus largas é incesantes luchas con la casa de Barcelona disputándose aquella soberanía.

Barral tenía corte en su palacio de Marsella, corte de la cual eran soberanas su esposa la vizcondesa Azalais ó Azelaida, á quien las crónicas dan el dictado de hermosa entre las hermosas, y sus hermanas Laura y Mabilia, que no cedían por cierto á su cuñada en belleza y donosura. Allí acudían los más gallardos donceles, los más apuestos caballeros y los más renombrados trovadores, quienes rivalizaban en sus cantos, ya para loar la grandeza de la casa de Baucio, ya para ensalzar la gentileza de las damas de su corte.

Era muy frecuente entonces entre los grandes y nobles señores tener corte y celebrar reuniones que tenían directamente por objeto fomentar y perfeccionar el arte de trovar, que en aquella época era reputado como necesario. Cuando la trompeta guerrera no llamaba á la lid, en cuyo caso todo sufría interrupción, los castillos feudales y los palacios de los más poderosos barones se convertían en centros ó academias del *Gai saber*, adonde acudían desde remotos puntos los más célebres trovadores para componer versos, cantarlos y ofrecerlos á las señoras de sus pensamientos, ocupando también el tiempo en discutir sobre cuestiones de un orden muy sutil por cierto, cuestiones que versaban en gran parte sobre temas y puntos amorosos.

El amor era una de las más principales y más predilectas ocupaciones de caballeros y trovadores. Un señor ó un trovador veía una dama, la encontraba hermosa y se declaraba al momento su caballero, estableciéndose en seguida entre dama y galán un comercio de todos los días y de todos los instantes. Poco importaba que la dama fuese casada, pues que la mayor parte de las veces el amor no pasaba los límites del *platonismo*. La virtud de las damas salía muy á menudo ileso en aquel juego peligroso, en aquel juego con fuego, que se hacía á vista y paciencia del marido, el cual, por su parte, era á su vez caballero de otra dama.

Durante mucho tiempo la corte de los Baucios fué punto de cita para galanes y trovadores, pero lo fué principalmente en época en que vivían Beraldo, uno de los más fastuosos y espléndidos señores que ha tenido la casa de Baucio, y Azalais su esposa, una de las damas de su tiempo más renombradas por su hermosura, su cortesía y su amor á la gaya ciencia. Ya tendremos ocasión de ver cómo figura en la vida de algunos trovadores esta dama, á la cual se consagró Folquet por com-

pleto, sin que su relevante mérito y sus cualidades personales consiguiesen jamás ablandar el corazón de la cruel que así le desdeñaba, tal vez porque otro trovador más feliz había hallado el camino de su alma, muda y rebelde para el amor de Folquet.

Por largo tiempo suspiró este á las plantas de Azalais que gustaba de él ciertamente, pero solo porque la celebraba en sus cantos, que eran muy estimados y propagaban por todas partes el eco de su nombradía y gentileza.

Todas las noticias que tenemos concuerdan en decir que Folquet llevaba en aquel entonces una vida de disipación y locura como si hubiese querido sofocar con el estrépito y bullicio el pesar que le causaban los desdenes de su dama. Parece que los rigores de esta llegaron á ser intolerables para el trovador que, el mejor día, víctima de una de aquellas intrigas tan frecuentes en los palacios, fué despedido de la corte de los Baucios, perdiendo á un mismo tiempo el favor del príncipe y la esperanza de conseguir el amor de su amada.

Folquet abandonó entonces Marsella para refugiarse en Montpellier, en cuya corte fué brillantemente acogido, mereciendo toda clase de consideraciones á Eudoxia, la hija del emperador griego, casada con Guillermo de Montpellier.

Allí tuvo noticia de la muerte de Azalais, cuya severidad no había podido curarle de su loca pasión. No tardó Eudoxia en seguirla á la tumba, y murieron también por aquel entonces el príncipe de Baucio y el conde Ramon V de Tolosa, protectores del trovador. Afectáronle de tal manera estas muertes que, en un acto de desesperación, resolvió abandonar el mundo, y después de haber decidido á su mujer y á sus dos hijos á abrazar la vida religiosa, entró él á su vez en la orden del Cister el año 1200.

III.

Desde el momento en que el trovador, célebre por sus versos apasionados, se hubo hecho monge, una nueva existencia comenzó para él. Hubo de decir adiós á la vida errante y vagabunda, frívola y caprichosa de la gaya ciencia; hubo de arrinconar y cubrir con un velo de luto su lira de amores; hubo de romper con su pasado de locas aventuras y de glorias mundanas, pero tuvo que dar en cambio nuevo pasto á la actividad de su espíritu inquieto y de su genio turbulento. Despertó en él la ambición con terrible violencia á tiempo que la escena de un gran teatro aparecía á sus ojos.

Precisamente, en los momentos en que el trovador vestía su sayal de monge, comenzaban en Provenza las primeras escenas de aquel sangriento drama que se llama la cruzada contra los albigenses, y la ambición llevó á Folquet á representar en él el tristísimo papel de traidor y de verdugo.

La Provenza, país de luz, de amor, de entusiasmo, de sentimiento, de patriotismo, había visto nacer y germinar en su suelo los que más tarde han sido llamados hereges albigenses. En el fondo no eran aquellos hombres otra cosa que lo que hoy llamamos libres pensadores ó independientes.

Ya varias veces, y en diversas ocasiones, había la Iglesia condenado las doctrinas de las distintas sectas que se habían ido sucediendo y reproduciendo en aquel suelo clásico del amor y de la poesía; pero la Provenza era un país de tolerancia y de hospitalidad, donde la vida se pasaba alegremente, donde todas las opiniones eran respetadas, todas las inteligencias admiradas y todas las libertades admitidas. Mal se avenía con esto la corte de Roma, que en su tendencia al señorío pontifical del universo, no podía consentir que hubiese un pueblo, una fracción ó una secta de hombres bastante osados para sujetar á discusión ciertos puntos del dogma, para predicar contra el escándalo y los excesos de varios sacerdotes, para propagar ideas de libertad y de independencia, para seguir un rito particular, para aconsejar que los rezos debían hacerse en la lengua romana ó provenzal, como lengua del país, pareciendo así desconocer la supremacía de la vieja lengua religiosa y política de Roma.

Subió en esto á ocupar la sede pontificia Inocencio III. Sabido es cuáles eran sus miras, y conocidos son sus esfuerzos para hacer que todas las testas coronadas de Europa le prestasen vasallaje, reconociendo su supremacía. No podía consentir Inocencio que en un rincón de la Francia meridional se alzase una hueste de libres pensadores, y comenzó á desencadenar contra ellos los rayos y las iras del Vaticano.

Ya en 1198 había enviado á las tierras de Provenza ó de Languedoc dos monges del Cister, cuyas predicaciones no obtuvieron ningún resultado. En 1203 envió otros dos, Raul y Pedro de Castelnaud, con el título de legados y con amplios poderes. Los legados de Inocencio III recorrieron la Provenza, ayudados de muchos monges cistercienses. Predicaban, discutían, amenazaban, castigaban, pero en la libertad de los espíritus hallaban cada día más pronunciada una resistencia, á la cual no estaba ciertamente acostumbrada la corte pontificia. A la intolerancia que desplegaron estos legados, á la violencia de sus predicaciones, á la persecución implacable que de los hereges hacían, á sus amenazas de exterminio y á sus castigos tremendos se debe principalmente que aquellos sucesos tomasen un carácter político y tuviesen el triste desenlace que no estaba de seguro en las miras del pontífice.

Al grito de indignación que se levantó contra las ame-

nazas de la corte de Roma, todos los trovadores se pusieron de parte del país: solo tres abandonaron la causa nacional y fueron a prestar sus servicios al extranjero invasor. Uno de ellos, y el mas principal, fué Folquet, á quien desde entonces solo se llamó el traidor y el malvado.

IV.

Efectivamente, desde el momento de entrar en la órden, Folquet unió su ardiente celo al no menos ardiente de los legados, llegando á ser el favorito de Arnaldo, abad de Cister, que á su vez recibió tambien el título de legado, y mas tarde el de general en jefe de las tropas que invadieron la Provenza. Arnaldo era, ha dicho Henri Martin, uno de esos azotes de Dios que la Providencia envia en sus dias de cólera. Aquel hombre tenía, bajo el sayal de monge, el genio destructor de los Genserico y de los Atila. Folquet fué uno de sus mas adictos servidores, uno de sus mas complacientes instrumentos, recibiendo en premio la rica abadía de Toronet ó Terronel.

Era uno de los mas celosos predicadores que contaba la corte de Roma, y cuando en 1205 los legados depusieron al obispo de Tolosa, cuyo celo no parecia bastante vehemente y cuya intimidación con el conde Ramon se reputaba sospechosa, Folquet fué nombrado en su lugar. El antiguo trovador fué cruel é inexorable desde el instante que la mitra ciñó sus sienes, y olvidando todos los favores que debía á la casa de Tolosa, se mostró ingrato con el conde Ramon VI, hijo de aquel Ramon V que tanto le habia protegido.

Se predicó la cruzada contra los albigenses. Una lluvia de sangre y fuego cayó sobre aquel desgraciado país. Millares de hombres se levantaron en Francia y en otros puntos para marchar bajo la bandera de la cruz contra los hereges de Provenza, siendo uno de los primeros Simon de Montfort, que fué mas tarde el alma y el genio destructor de aquella triste cruzada.

No es nuestro ánimo trazar aquí el cuadro de horrores que se siguió á la invasion del Mediodia por el Norte. Ahí está viva y patente la historia para decirnos todo lo que hubo de horrible, de cruel, de sanguinario, de vandálico en aquella invasion.

Folquet entonces, traidor á su país y á su señor, renegando de sus antiguas tradiciones, fué uno de los mas firmes apoyos que hallaron los extranjeros para establecerse en Provenza y despojar de sus bienes á sus verdaderos poseedores. «Había en Tolosa por aquel tiempo, dice la Historia anónima de la guerra de los albigenses, un obispo cuyo nombre era Folquet, que era un hombre muy malvado (1).» Habia instituido una cofradía con el título de *Cofradía blanca*, cuyos individuos iban vestidos con un ropaje talar de este color, á fin y objeto de perseguir á los hereges y judíos. Se atribuyen á estos cofrades los mas espantosos excesos, y se dice que Folquet mismo daba de ellos el ejemplo (2). No tardaron en verse en Tolosa escenas de violencia, de sangre y de pillaje. Las gentes amenazadas se armaron á su vez y se organizaron en *Cofradía negra* para resistir á la *Cofradía blanca* de Folquet. Mas de una vez vinieron á las manos, trabándose terribles combates en las calles de la ciudad.

Cinco mil cofrades blancos salieron al cabo de Tolosa dirigiéndose al campo de Simon de Montfort, que estaba sitiando Lavour, y á su vez Folquet fué echado de la ciudad por el conde de Tolosa, que por fin y aunque tarde, se decidió á desenvainar su espada contra aquellos hombres que venian á ahogar la libertad del Mediodia, á matar su civilización y á apoderarse de los bienes de los hereges.

Desde entonces el antiguo trovador siguió al conde de Montfort en sus campañas, estuvo en la batalla de Muret, donde pereció el rey de Aragon que habia acudido en auxilio del conde Ramon, y entró en Tolosa cuando fué ocupada esta ciudad por Simon de Montfort, que la salvó de los furiosos del mismo Folquet, quien queria absolutamente que no se dejase en ella piedra sobre piedra (3). Simon contaba con ser conde de Tolosa y no entraba en sus miras por consiguiente destruir la futura capital de sus estados.

Efectivamente, al año siguiente (1215) el concilio de Montpellier desposeyó al conde de Tolosa de sus estados, nombrando provisionalmente á Simon de Montfort señor del condado de Tolosa, de toda la Septimania, de Agenois, del Quercy, etc., interin resolvía el concilio de Latran convocado por el papa. Folquet se trasladó á Roma para asistir á este concilio y abogar en favor de la legitimidad de los derechos de Montfort sobre los bienes quitados á los hereges. Su elocuencia y sus manejos consiguieron que Simon fuese declarado conde de Tolosa, y recibió en premio de su complacencia y trabajos el señorío del castillo de Urefeuil con veinte villas que de él dependian (4).

Vuelto á su sede de Tolosa le vemos figurar en nuevas intrigas.

El conde de Tolosa movido principalmente por su hijo y apoyado por la república de Marsella y por la ciudad de Aviñon, que abrazaron con gran entusiasmo su causa, habia vuelto á tomar las armas para reconquistar la tierra de sus padres. Simon de Montfort acudió presuroso, rechazó á Ramon VI, volvió en seguida á poner sitio á Tolosa, que se habia sublevado en favor de su antiguo conde. El obispo Folquet le excitaba á la venganza. La ciudad habia enviado á su campo algunos *notables* que trataban de calmar su furor, y Montfort, por consejo del obispo, puso presos á los diputados tolosanos, interin Folquet entrando en la ciudad trataba de persuadir al pueblo para que saliese al encuentro de su *legítimo* señor. El pobre pueblo, fiándose en las palabras y seguridades del obispo, se dirigió al campo de los cruzados en gran multitud, pero á medida que los principales de Tolosa llegaban hasta Simon, este les hacia prender y atar, conforme estaba convenido con el obispo. Consiguieron algunos escaparse y dieron aviso á la ciudad de lo que sucedia. En un momento el pueblo se puso sobre las armas y cayó sobre la vanguardia del ejército de Montfort, que sembrando el exterminio, habia comenzado á saquear las casas y á violar las mujeres. Gui de Montfort, hermano de Simon fué rudamente rechazado con sus hombres, y Folquet mismo hubiera sido víctima del furor popular si no hubiese conseguido ampararse tras los muros del castillo Narbonense. Acudió Simon con el grueso de la gente en auxilio de los suyos, y apoderándose de varios puestos ventajosos, mandó pegar fuego á la ciudad. Apagaron los tolosanos el incendio, rechazaron á Simon y á sus tropas, que tuvieron que refugiarse en el castillo Narbonense, y despues de toda una jornada de combate, dejaron bloqueado el destacamento de Gui de Montfort en el palacio del conde de Comminges.

Cuando el jefe de la cruzada y el obispo vieron que nada conseguirian de los tolosanos á fuerza de armas, Folquet imaginó, dice la crónica, una perversa traicion. Envió un mensajero á los ciudadanos asegurándoles y prometiéndoles perdon y olvido si dejaban las armas, mientras que de lo contrario, serian sacrificados sin misericordia ciento ochenta prisioneros que Montfort tenia en su poder. En caso de avenirse á lo primero, Folquet les aseguraba en nombre de Dios y de los santos que no se les haria ningun mal, y que un velo de perdon y de olvido se extenderia sobre lo pasado. Los tolosanos cayeron en el lazo. Una diputación de la ciudad pasó á conferenciar con Simon y con el obispo, que estaban en Villanueva. Simon comenzó por hacerse devolver todos sus prisioneros, en seguida se quedó los diputados en rehenes y luego haciendo prender en sus propias casas á los principales ciudadanos, hasta el número de dos mil, los reunió en la plaza del mercado de bueyes (*Boeria*), y allí les obligó á declarar que renunciaban á la palabra y garantía que les diera el obispo Folquet.

Todos aquellos de los principales ciudadanos que no pudieron escapar de Tolosa en el primer tumulto fueron conducidos cautivos, desterrados á tierras extranjeras ó sepultados en el fondo de inmundos calabozos, donde un gran número pereció de dolor y de miseria, mientras que Tolosa veia derribadas sus murallas y tenia que pagar una compensación de treinta mil marcos de plata para evitar su destruccion total.

Así es como volvieron Simon de Montfort á su solio condal y el obispo Folquet á su sede, organizando este la inquisición de una manera formidable.

Folquet murió en 1231 (4).

V.

Si Folquet, como hombre, durante el segundo periodo de su vida sobre todo, ha merecido la condenación de todos los autores libres é independientes que han tratado de los tristes sucesos en que tomó tan activa parte, como trovador en cambio y como poeta goza de una fama merecida y justa.

Todas las poesia que de él conocemos, que no son por cierto muchas, pues se han perdido no pocas, quizá las mejores, son canciones amorosas dedicadas en su gran mayoría á la vizcondesa de Marsella, y se distinguen por la riqueza de sus rimas y por el sentimiento de que están impregnadas. Sobresalia Folquet en el arte de rimar canciones en coplas de las que entonces se llamaban *cruzadas*, *casadas* ó *derivativas*, cuyo género de composición consistia en que todos los versos de la copla tuviesen la misma cesura y todas las coplas de la canción los mismos consonantes. Conocida era la maestría de Folquet en esta clase de composiciones, y grande por lo mismo su reputación. Dante en su obra *De volgarí eloquio* (De la elocuencia vulgar), cita como modelo de canciones provenzales las de Arnaldo Daniel, Folquet de Marsella y Aymeric de Puyguillem.

Véase un ejemplo de sus poesías:

(1) Henri Martin: *Historia de Francia*. — Historia anónima de la guerra de los albigenses, publicada segun el manuscrito de Tolosa, por un indígena. — *Vidas de los trovadores* publicadas por el mismo indígena. — Mary Lafon: *Historia del Mediodia de Francia*. — Villemain: *Curso de literatura*, etc.

Tant m' abellis l' amoros pensamen
Que s' es vengut en mon fis cor assire
Perque no i pot nul autre pens' aber
Ni mais negus no me dous ni plascens ;
.....
E fins amor m' aleiza mon martire
Que 'm promet joy mas trop lo m' dona len
Qu' ab bel semblan m' a tengut longamen.

Bona dompna, si us platz, siatz suffrens
Del bes que ie us vuel, qu' ieu sui del mal suffrire,
E pueis li mal no 'm poiriam dan tener,
Ans m'er semblan qu'els partam egalmens :
Pero si us platz qu' en outra part me vire
Partetz de vos la beutat e 'l dous rire,
E 'l gais solas que m' afolis mos sen
Pueis partir mais de vos non escien.

De tal modo me combate el amoroso pensamiento
Que ha venido en mi fino corazon á aposentarse,
Que no puedo tener otra idea
Ni otra cosa me es mas dulce y placentera ;
A veces creo que voy á espirar.
Pero hasta el amor alivia mi martirio,
Pues me promete goces que no me da luego.
Y así me tiene engañado por largo tiempo.

Buena dama, si os place, sed reconocida
Al bien que os quiero, pues sufro mucho ;
Y ya que el mal es demasiado para uno solo
Me parece que podríamos repartirlo igualmente ;
Pero si os place que á otro punto me vaya
Apartad de vos la belleza y la dulce sonrisa
Y el gai solaz que enloquece mis sentidos,
Pues de otro modo no me es dado partir de vos.

Hé aquí ahora muestra de otra canción dedicada á la misma vizcondesa de Marsella. Las coplas son de nueve versos, teniendo el mismo consonante todos los ocho primeros versos de cada copla, y rimando tambien todos los novenos.

Los mals d' amor ai ieu ben totz apres,
Mas anc los bes no puec un jorn saber,
E si no fos quar ieu n' ai bon esper
Ieu cujera que nul temps no n' i agues ;
Et agra dreg qu' en fos desesperatz
Tant ai amat, et anc no fui amatz !
Pero si 'l bes fos tan dous e plazens
Quom es lo mal engoissos e cozens,
Ans vuel murir, qu' enqueras non l' atenda.

Amors e ieu em de tal guisa pres.
Qu' ora ni jorn, nueg ni mati ni ser,
No 's part de me, ni eu de bon esper ;
E mort m' agra la dolors, tan gran es,
S' en bon esper no 'm fos asseguratz ;
Pero mos mals non es en re mermatz,
Quar lonx espers m' aura fagz longamens
Estar maritz, et en greus pensamens
Et enquera tem que plus car no m' venda.

Dante celebra á Folquet segun queda indicado, ya citándole como ejemplo y modelo y canciones de amor, ya dándole un lugar preferente en su paraíso. Petrarca habla tambien de él en su *Triunfo de amor* (canto IV). Evoca allí las sombras de los amantes mas célebres y entre otros se presenta á su vista

Folchetto, ch' á Marsiglia il nome ha dato,
Ed a Genova tolto, ed all estremo
Cangiò per miglior patria abito e stato.

Folquet, cuyo nombre da gloria á Marsella
Frustrando á Génova de este honor, y que al fin
Cambiò por una patria mejor de condición y traje.

Los autores modernos han sido mas duros con el poeta de que hablamos, y han olvidado un poco su glo-

(1) Or, dis l' historia que per aquel temps en lo dit Tolosa avia un evesque per nom apelat Folquet, lo qual era ung tres malvat home.

(2) Michaud, *Biografía universal*, artículo Folquet.

(3) Henry Martin: *Historia de Francia*.

(4) Michaud: obra citada.

ria de trovador para no pensar sino en sus iniquidades y traiciones, así es que justamente le han anatematizado, condenando su nombre al desprecio y al oprobio de la posteridad.

Henry Martin, Mary Lafon, Sismondi y otros literatos é historiadores le califican severamente: el *Indígena* de Tolosa no le llama de otra manera que *el miserable* Folquet; Federico Mistral, el gran poeta moderno de la Provenza, le llama en su poema *Calendau* Folquet *el abominable*; y por fin, el príncipe-poeta William Carlos Bonaparte Wise, en su volumen de poesías provenzales dirige á la memoria del trovador cruzado una valiente y terrible composición con el título de *Vituperio á Folquet el abominable*.

VICTOR BALAGUER.

El 31 de octubre

Á LAS NUEVE Y MEDIA DE LA NOCHE.

Nuestros lectores conocen la relacion oficial de los deplorables sucesos ocurridos en Paris el 31 de octubre, y si volvemos hoy á tratar de aquella jornada tan dolorosa, es para representar el cuadro de la escena principal que tuvo efecto en el gran salon de las fiestas en el momento decisivo de la crisis. Si el terrible acontecimiento hubiese durado mas, habria podido correr la sangre de los miembros del gobierno de la defensa nacional á manos de asesinos anónimos.

Sentado á la mesa detrás de la cual el gobierno de la defensa nacional habia encontrado su último amparo, el ciudadano Flourens escribe una de aquellas mil listas improvisadas que se sucedian unas á otras, habiendo

algunas que llevaban el nombre de su autor como marca de fábrica. Un ciudadano aturde el salon con fúnebres redobles; pero se diria que la mayor parte de los alborotadores ni le oyen siquiera. Es aquello una confusion indescriptible de fusiles, piernas, brazos, banderas y sables. Una gritería general lo domina todo. ¡En la sombra, á lo largo de las paredes hombres dormidos! Milton no pudo imaginar nada mas siniestro despues de haber visto el cadáver de Cromwell arrastrado al fuego eterno ante el pueblo de Lóndres. Al resplandor de las arañas que pone en movimiento el oleaje popular se distingue en altiva y varonil actitud á los hombres á quienes la Francia tiene confiado el cuidado de su fortuna en estos dias aciagos y terribles.

Aunque por influencias misteriosas é incomprensibles, aquella multitud habia salido de las filas del pueblo, no puede decirse que era el pueblo. El plebiscito lo demostró victoriosamente: aquella turba sin lazo moral, incapaz de balbucear el nombre del nuevo gobierno que queria imponer, comenzó por amedrentarse á sí



Los miembros del gobierno de la defensa nacional presos en la sala del Consejo, en la noche del 31 de octubre

misma, lo que no la dió tiempo de amedrentar á los parisienses.

W. DE F.

Proclama del general Trochu.

A los ciudadanos de Paris;
A la guardia nacional;
Al ejército y á la guardia nacional móvil:

Mientras se realizaban lejos de nosotros las dolorosas pruebas de nuestra nacion, hemos hecho en Paris un conjunto de esfuerzos que han honrado nuestras des-

gracias á los ojos del mundo. La Europa se ha quedado sorprendida por el imprevisto espectáculo que la hemos ofrecido, por la estrecha union del rico y del pobre en la abnegacion y el sacrificio, por nuestra firmeza de voluntad en la resistencia y, en fin, por los inmensos trabajos que ha creado esta voluntad.

El enemigo, admirado por haber sido detenido cerca de dos meses delante de Paris, cuya poblacion no juzgaba capaz de esta viril actitud, atacado mas que lo creemos nosotros mismos en intereses considerables, cedia al arranque general. Parecia renunciar á su implacable resolucion de desorganizar, con gran peligro de la Europa y de la civilizacion, á la nacion francesa, que nadie podria, sin la mas palmaria injusticia, hacer responsable de esta guerra y de los males que ha producido. Hoy es notorio que la Prusia habia aceptado las condiciones del gobierno de la defensa nacional para el armisticio propuesto por las potencias neutrales, cuando la fatal jornada del 31 de octubre vino á comprometer una situacion que era honrosa y digna, devolviendo

á la política prusiana sus esperanzas y exigencias.

Ahora que hace varios dias que nuestras relaciones con los departamentos están interrumpidas, el enemigo trata de debilitar nuestro valor y sembrar la division entre nosotros, con noticias exclusivamente originarias de las avanzadas prusianas y de los periódicos alemanes que se cambian en varios puntos de nuestras líneas, en extremo extensas.

Sabreis sustraeros á los efectos de esa propaganda disolvente, que seria la ruina de los caros intereses que tenemos en tutela. Vuestros corazones serán firmes, y quedareis unidos en el espíritu que hace dos meses viene siendo el carácter de la defensa de Paris.

Mientras que nuestros trabajos cerraban la ciudad, concebimos la idea, en la incertidumbre que teniamos acerca del apoyo que podrian prestarnos los ejércitos formados en el exterior, de formar uno en el interior. No tengo que enumerar aquí los elementos constituyentes de que careciamos para resolver este nuevo problema, tal vez mas difícil que el primero. En algunas

semanas hemos reunido en grupos regulares, vestido, equipado, armado, ejercitado tanto como posible ha sido y conducido al fuego, á las masas llenas de patriotismo, pero confusas y sin experiencia, de que disponiamos. Hemos tratado con el desinteresado concurso del cuerpo general de ingenieros, de la industria parisiense y de los ferro-carriles, de completar por la fabricacion de cañones modernos, de los que vais á recibir los primeros, la artillería de batalla, que el servicio especial de la artillería del ejército formaba con la mas estimable actividad. La guardia nacional por su parte despues de haber aumentado de un quinto sus efectivos, y aunque entretenida por los trabajos y la guardia en las murallas, se organizaba, se ejercitaba diariamente, aun á pesar de la intemperie, en las plazas públicas, mani-

festando un celo incomparable, al que deberá en breve estar pronta para entrar en línea con sus batallones de guerra.

Me detengo, no pudiendo decirlo todo; pero dudo que en ninguna época, ni en la historia de ningún pueblo invadido, despues de la destruccion de sus ejércitos, ninguna gran ciudad sitiada y privada de comunicaciones con el resto del territorio, haya opuesto á un desastre, en apariencia irreparable, mas vigorosos esfuerzos de resistencia moral y material. El honor no me pertenece, y no he enumerado la sucesion sino para iluminar á los que, con tan entera buena fe, estoy seguro de ello, creen que despues de la preparacion de la defensa, era posible la ofensiva á fondo con masas cuya organizacion y armamento eran insuficientes.

No hemos hecho lo que hemos querido, sino lo que hemos podido, en una continuacion de improvisaciones, cuyos objetos tenian proporciones enormes, en medio de las impresiones mas dolorosas que pueden afligir el patriotismo de una gran nacion. Y bien, el porvenir exige todavía de nosotros un esfuerzo mayor, porque el tiempo urge. Pero tambien es el tiempo urgente para el enemigo; y sus intereses y el sentimiento público de la Alemania, y la conciencia pública europea lo hacen aun mas urgente. No sería digno de la Francia, y el mundo no comprendería que la poblacion y el ejército de Paris, despues de haberse preparado tan enérgicamente á todos los sacrificios, no supiesen ir mas lejos; es decir, sufrir y combatir hasta tanto que no pueda sufrir ni combatir mas.



Ceremonia religiosa el día de Difuntos en el arruinado cementerio de Montrouge.

Unámonos, pues, al rededor de la República y elevemos nuestros corazones.

Os he dicho la verdad tal como la veo. He querido manifestar que nuestro deber era mirar de frente nuestras dificultades y nuestros peligros, afrontarlos sin turbacion, de aferrarnos á todas las formas de la resistencia y de la lucha. Si triunfamos, habremos merecido bien de la patria dando un buen ejemplo. Si sucumbimos, habremos legado á la Prusia, que habrá reemplazado al primer imperio en los fastos sangrientos de la conquista y la violencia, con una obra de imposible realizacion, una herencia de maldiciones y de odio, bajo la cual sucumbirá á su vez.

El gobernador de Paris,
general Trochu.

14 de noviembre de 1870.

El día de Difuntos

EN EL CEMENTERIO DE MONTROUGE.

El día de Difuntos es el único en que celebra la Iglesia en los cementerios un servicio religioso, y este año consagramos con un grabado el recuerdo de la ceremonia que tuvo efecto en el camposanto de Montrouge. La razon es que esa procesion religiosa nos recuerda que la guerra implacable de 1870 no ha dejado en paz ni aun á los que duermen en el campo del reposo.

Algunos cementerios situados fuera de las fortificaciones podian ofrecer abrigos á las avanzadas de las líneas prusianas, y bajo este concepto, el cuerpo de ingenieros se vió en la necesidad de destruir aquellos refugios, haciendo con la morada de los muertos lo que hizo con

las construcciones que se encontraban en la zona de las fortificaciones. Los cementerios fueron nivelados. No hace muchos días un batallon de la guardia nacional fué al cementerio de Gentilly para inutilizarle segun hemos dicho.

La procesion que se hizo este año el día de Difuntos en el camposanto de Montrouge con una pompa inusitada, tenia, pues, un carácter particularmente interesante.

Era como una expiacion: los vivos pedian á los muertos que les perdonasen la profanacion de su sagrado asilo. ¡La guerra destruyendo las tumbas! terrible imagen digna de contarse entre tantas escenas fúnebres como tendremos que consignar en estas columnas.

H. V.

Revista de Paris.

El lunes de esta semana uno de esos alados mensajeros que atraviesan no sin peligro las líneas prusianas, nos trajo á Paris una feliz noticia, que el gobierno de la defensa nacional se apresuró á dar á conocer al público, encabezándola con cuatro líneas en las que saludaba en lenguaje altamente patriótico el cambio de fortuna que aparece al cabo de tantos y tan inmensos desastres. La noticia decía que el ejército formado en las márgenes del Loira, á las órdenes del general D'Aurelle de Paladines, se había apoderado de Orleans mediante una lucha de dos días, habiendo hecho mas de mil prisioneros y tomado dos cañones con varios carros de municiones y de víveres.

El hecho de armas es importante en sí, porque Orleans es un punto estratégico que tenían gran interés en conservar los prusianos; pero á mayor abundamiento, es también para los parisienses una prueba eficaz, incontestable, de que en las provincias circula ya ese movimiento de patriotismo que debe dar por resultado la salvación de la Francia.

Con efecto, ¡cuánto no han dicho los partidarios de la paz á toda costa, para quitar de la idea á los defensores de Paris, que la provincia tomaba las armas y se organizaba para expulsar al enemigo del suelo patrio!

Decían estos propagandistas de la rendición nacional, como gráficamente se les llama, que la anarquía revolucionaria se había desencadenado en ciertas ciudades, que otras localizaban la defensa, en una palabra, que cada provincia se cuidaba de sí y no de la nación, que no había impulso comun contra los prusianos, que podía haber un millon de ciudadanos armados y diseminados, pero que los ejércitos faltaban.

Ahora bien, la batalla de Orleans afirma la existencia de un poderoso ejército, pues según noticias anteriores, la ciudad estaba ocupada por mas de 50,000 prusianos; ejército que se ha puesto en marcha hacia Paris, marcando su primera etapa con una brillante victoria.

Ya no preguntarán mas los pesimistas:

— ¿Qué hace la Francia?

Lo cual equivalía á decir: la Francia no hace nada; la Francia deja á Paris que salga como pueda de su terrible crisis; y por consiguiente toda defensa es inútil, lo mas pronto y lo mejor para salir del paso, es aceptar la paz como nos la impongan en Versalles.

¡Ah! tristes, muy tristes han sido los días en que las reflexiones de esta naturaleza estampadas con repugnante cinismo en los diarios, comenzaban á hacer mella en los ciudadanos de Paris, hasta entonces tan denodados y tan decididos á consagrar su vida á la defensa.

El mal que hacían era grande; Paris á los dos meses de sitio que ha sufrido con una resignación á toda prueba, satisfecho y alborozado porque durante esos sesenta días ha contenido al frente de sus murallas á las masas victoriosas del rey Guillermo; Paris, que si mostraba algun deseo era el de correr al enemigo, y se impacientaba porque el general Trochu no tomaba con resolución una vigorosa ofensiva, de repente comienza á decaer en su anhelo belicoso y no quiere prestar oídos sino á los rumores de armisticio y de paz con que llenan sus columnas los diarios.

En vano dice el gobierno que toda negociación está concluida, porque la Prusia niega á Paris contra toda justicia el derecho de abastecerse de víveres durante la tregua; pues los amantes de la paz sostienen que las negociaciones se continúan, y un día, el viernes de la última semana, llevan su atrevimiento y su descaro hasta el extremo de asegurar que se ha firmado el armisticio, y que la paz vendrá seguidamente, la paz de los prusianos. La Bolsa sube: ¿qué le importa al especulador la deshonra de su patria?

Pasa otro día y el gobierno calla; y así como antes no se hizo caso de su palabra, ahora se dice que su silencio es calculado, que sabe la verdad y le conviene no declararla todavía; en fin, hay periódico que podríamos citar, que insiste en que el armisticio está firmado y que los gobernantes son los únicos que lo ignoran.

La situación era grave, porque el desfallecimiento que con tan dañada intención se provocaba entre los combatientes podía producir manifestaciones en favor de la paz que habrían ocasionado terribles conflictos, pues en honor de Paris debemos decir también que la gran mayoría de sus defensores oponían á esos conatos de suicidio la firme voluntad de sostenerse á toda costa, y hasta llegar á las últimas extremidades.

Un hombre de gran talento, M. Legouvé, que siempre que eleva su voz encuentra eco en el patriotismo de todos los corazones, de todas las almas de buen temple, señalaba el lunes último en una conferencia en el Colegio de Francia los peligros de ese desfallecimiento parcial á que se inclinaban sus compatriotas.

¡Valor y esperanza! les decía, y obtendremos nuestra salvación. Rechazad lejos de vosotros á los que os predicán que todo esfuerzo es inútil, puesto que es preciso acabar por ceder.

« No, no (citamos sus palabras); todo hombre descorazo-

nado debe repetirse que la flaqueza, que á veces puede ser la salvación del día, es con seguridad la pérdida de mañana. Las derrotas se vengan, los daños se resarzen: una nación puede ser vencida, quebrantada, hollada á los pies y revivir después fuerte y gloriosa; pero una nación envilecida es una nación muerta, es como un hombre que ha recibido una bofetada, toda su vida conserva la señal de la ignominia. Pues bien, si Paris después de haber fortificado siete leguas de murallas, armado catorce fuertes, levantado trescientos mil soldados, fundido doscientos cañones y constituido tres ejércitos; si Paris, digo, se precipitara ciegamente hacia la paz, y se entregara como á discreción, no solo se rebajaría, sino que se ridiculizaría hasta un punto que jamás podría volver á levantarse á sus propios ojos. »

Todo el brillante discurso del elocuente orador está inspirado por estas ideas que rebosan tanta razón y tanto patriotismo.

Con fundamento añade que en los tres meses de desastres que lleva la Francia, la defensa de Paris es su única gloria, como así lo reconocen el enemigo y toda la Europa.

De la defensa de Paris única y exclusivamente puede salir una paz honrosa.

Y M. Legouvé concluye con estas bellas palabras:

« Valiente y querido Paris; ¡cuánto me sorprende oír decir todos los días que tu aspecto es tan triste! ¡Paris triste! Jamás le he visto yo tan hermoso. Sí, Paris bloqueado, sin ferro-carriles, sin teatros, sin gas, quitándose por sus propias manos la corona de selvas que le rodean, como una viuda que corta su cabellera en señal de luto, Paris me parece así mil veces mas brillante que en sus mejores días de fiesta... ¿qué digo? mas brillante aun que en aquellos incomparables meses de la Exposición Universal en que daba tan cordial y leal hospitalidad á los que hoy le asesinan. Sí, porque Paris entonces no exponía mas que su genio, en tanto que hoy expone á la vista de todo el mundo, algo que vale mil veces mas que todas las maravillas de la industria, de la ciencia y del arte; expone su alma. »

En todas las reuniones públicas de Paris, que son muy numerosas, el tono es el mismo. Solo algunos periódicos y varios escritores, cuyos títulos y nombres se pueden encontrar entre los papeles hallados en el palacio de Tullerías, introducen una nota discordante en este clamor general que se hace oír en favor de la resistencia.

Sea como quiera, el síntoma en cuestión era demasiado trascendental para que el gobierno permitiera que se propagara en demasía.

Después que oficialmente declaró el domingo que el gobierno tenía por desprovistos de fundamento los rumores de armisticio y de paz que con tanta obstinación circulaban entre los parisienses, rumores que no podrían venir sino de las avanzadas prusianas, el general Trochu tomó la palabra y en una proclama dirigida á los ciudadanos de Paris, á la guardia nacional, al ejército y á la guardia movilizada, expuso la verdad de la situación y el firme propósito del gobierno de no desmayar en la lucha que ha empeñado.

Digno y elevado es el lenguaje del gobernador de Paris en esta proclama, que tan oportunamente vino á poner coto á los detractores del gobierno actual, que verían con gusto su caída aun á costa del honor de la Francia.

El general Trochu enumera todo lo que se ha hecho en Paris durante dos meses, y dice con razón que no hay ejemplo de una ciudad asediada y privada de toda comunicación con lo restante del territorio que haya opuesto á un desastre aparentemente irreparable, mas vigorosos esfuerzos de resistencia moral y material.

En otro lugar de este número hallarán nuestros lectores este documento que debe figurar entre los que componen la historia del sitio de Paris, y por esta razón no nos extenderemos en hablar de su contenido; pero permítasenos decir que el digno general expresa bien el sentimiento público cuando manifiesta que no sería digno de la Francia y el mundo no comprendería que la población y el ejército de Paris después de haberse preparado tan enérgicamente á todos los sacrificios « no supiesen ir mas lejos; esto es, no supiesen sufrir ni combatir hasta que ya no se pueda ni sufrir ni combatir. » Así es lo cierto.

Las palabras del general fueron oídas con aplauso unánime por la población de Paris; y afortunadamente aquella misma tarde se recibía la noticia de la victoria de Orleans, que fué el golpe de gracia para los partidarios de la paz de Versalles.

Sí, la población comprendió que la victoria de Orleans la impone obligaciones imprescindibles, y así como hace tiempo dijimos que Paris se defendería de los prusianos, así decimos ahora que sabrá cumplir aquellos sagrados compromisos.

Se organizó la defensa como sabemos, y ahora se organizará la ofensiva.

¿Qué mucho que se haga así cuando se sabe que la provincia se agita detrás del enemigo, y que una acción combinada puede inaugurar una campaña feliz que dé por resultado la expulsión completa del enemigo ó una paz verdaderamente honrosa?

La victoria de Orleans ha dado aliento á todos los corazones y Paris ha cambiado completamente de aspecto en pocas horas.

A mayor abundamiento, el gobierno de la defensa nacional ha dado largas explicaciones sobre la situación, muy propias para acabar de tranquilizar los ánimos.

Quince días seguidos ha estado sin noticias de los departamentos, cuando recibió la buena nueva de la toma de Orleans por las tropas del Loira, y ese tiempo ha sido aprovechado por sus enemigos para poner en circulación rumores de toda especie.

En primer lugar se acusaba al gobierno de que recibía noticias y las ocultaba; se publicaban detalles apócrifos de toda clase, se insertaban en los diarios trozos de correspondencias alemanas que los enemigos tenían naturalmente gran interés en introducir en Paris, y de esto había resultado que muchas personas creían cándidamente que las provincias se hallaban entregadas á la anarquía, que en muchas ciudades reinaba el régimen del terror, que no se hacía caso alguno de la delegación de Tours y que los ejércitos de socorro eran puras invenciones.

Ahora bien, la victoria de Orleans ha venido á probar que los ejércitos existen, con una prueba irrefutable, con una victoria.

El gobierno entra en largos detalles sobre diferentes hechos publicados en diarios ingleses de fecha 3 de noviembre que han sido introducidos en Paris, y saca de todo ello la conclusión siguiente:

« Hace tiempo estamos acostumbrados á las invenciones y á las exageraciones de los partidos, y no necesitamos salir de Paris para oír repetir como verdades las mas odiosas y ridículas fábulas. Creemos que la Francia está profundamente turbada por una invasión tan cruel y poco prevista; estamos persuadidos, aunque sin pruebas, que la autoridad se encuentra relajada en muchos puntos, que surgen también tentativas anárquicas, que nuestros enemigos recurren como de costumbre, á las mentiras y rumores calumniosos de que saben hacer tan pérfido uso; pero al mismo tiempo creemos firmemente que lo que domina todo, lo que arrastra á todos los corazones, lo que inflama el valor de todo el mundo, es el sentimiento de la honra nacional, la esperanza, la necesidad, la voluntad, la ardiente y poderosísima voluntad de salvar á la patria ó con una victoria decisiva ó con una paz honrosa. Los diarios alemanes escritos por nuestros enemigos nos demuestran, á pesar suyo, que la Francia está en pie: se quejan de que esperemos todavía, contra toda esperanza; nos echan en cara que no nos confesemos vencidos, y cada día consignan brillantes pruebas del valor de nuestros soldados y ciudadanos. Cuando todo esto se escribía en Versalles y en Berlin, aun no se conocía la victoria del ejército del Loira. »

Y las explicaciones del gobierno terminan con estas palabras:

« No sabemos si la Europa se decidirá á dar á la Francia los medios de convocar una Asamblea nacional en condiciones que aseguren la libertad de la elección y la autoridad de los elegidos. El degüello continuará si la Europa lo permite y si no cesa en su obstinación el gobierno prusiano; pero suceda lo que quiera, la Francia, que no ha querido la guerra, que no quería ya ninguna guerra, saldrá de la lucha con todo su territorio y con toda su honra. »

Tal es desde el primer día el programa del gobierno de la defensa nacional, programa patriótico y que debe agrupar en torno suyo á todos los franceses amantes de la dignidad y la honra de su patria.

Con efecto, el gobierno no rechaza la paz, antes bien la propone; pero si el implacable enemigo se empeña en que esa paz sea el deshonor del país, no hay mas recurso que continuar la guerra.

Por ahora las negociaciones parecen suspendidas y no se habla mas que de preparativos de ataque.

Los fuertes cañonean de día y de noche las obras que intentan levantar los prusianos; la movilización de la guardia nacional está concluida, las entregas de cañones cuya fabricación se encomendó á la industria privada se suceden sin descanso, y de un día á otro se espera la gran salida anunciada hace largo tiempo, y que aun no ha podido realizarse, porque como dice el general Trochu en su proclama, faltaban los elementos necesarios. Un triunfo señalado en Paris, quizás adelantaría la cuestión del armisticio mas y mejor que todas las negociaciones. Para alcanzarle el gobierno no pide mas que unión y confianza.

MARIANO URRABIETA.

Los hijos de Carlomagno.

El emperador Carlomagno había entregado su grande alma al Criador: Aix-la-Chapelle, y el palacio imperial yacían en una agitación imposible de describir; pero en una agitación sorda y comprimida como el reflujó de la mar. Todavía parecía que residía en él la majestad de aquel gran rey, y el que todos oían decir aun con aquella solemne voluntad que por tan largo tiempo había dominado. Hijos legítimos y naturales, ministros, favoritos, grandes personajes, condes y barones se pa-

seaban lentamente por las prolongadas galerías sin mover apenas ruido, como si no osasen dejar percibir sus mezquinas pretensiones bajo aquellas bóvedas por donde parecía circular aun los grandiosos designios y los pensamientos sublimes del gran monarca.

Misteriosas y tímidas palabras se percibían en uno de los salones interiores del palacio, promovidas por Berengela, joven la más bella de las hijas naturales de Carlomagno y por el galo-romano Julio, ilustre descendiente de una de las más antiguas familias del país, que había merecido la estimación de Carlomagno. La prudencia y la sabiduría fluían de sus labios: su noble presencia, los brillantes bucles de su cabello de ébano, su negra barba y sus arqueadas cejas formaban un hermoso contraste con sus rasgados ojos azules.

Blanca y viva, esbelta y graciosa, era la joven franca Berengela, cuyo talento, si bien poco cultivado, se ilustraba de día en día, al paso que se suavizaba su carácter imperioso, merced á la paciencia y desvelos del galo-romano.

— Consuélate, la decía Julio, la gloria de tu padre vivirá eternamente.

— No corren mis lágrimas por mi padre, amado Julio, en este momento quizá esté sentado á la diestra de su criador y al lado de los reyes David y Salomón; lloro nuestro triste porvenir. Entre tan grandes virtudes como le adornaron ¿por qué no poseería la de amar la felicidad de sus hijos?

— Reverencia y no ultrajes la memoria de un padre. Para mitigar los cuidados incesantes de su vasto imperio necesitaba que le rodeasen personas conocidas, y á las que él apreciase ¿quién mejor que su querida familia? Separado ya de sus hijos, á quienes había dotado con reinos lejanos ¿quién le hubiera quedado si hubiese casado á sus hijas? Sus esposos las hubieran llevado consigo y el águila imperial alzando su vuelo sola por los aires, hubiera envidiado la suerte oscura de la rastrera golondrina.

— ¡Cuán noble y generosa es tu alma! pero no se puede ocultar que para ser emperador y grande hombre no se necesita renunciar á ser padre; y Carlomagno no lo fué, pues nos privó durante su vida de que gozásemos las delicias del himeneo y de la maternidad.

— Las hijas de los reyes y de los héroes deben inmolar algunas veces á la grandeza de sus padres y á la dignidad del trono las frágiles necesidades de la humanidad y las humildes exigencias del corazón.

— Bellas son esas ideas, Julio, en los libros de los romanos y griegos, que hemos estudiado juntos, pero en la práctica son muy erróneas. La prueba está patente: no ignoras que todas mis hermanas, y yo misma, nos hemos desposado en secreto. ¿No hubiese sido mejor que mi padre nos hubiera elegido esposos, á quien pudiéramos amar á la faz del mundo, y los cuales después de su muerte nos hubieran servido de apoyo y defensa? ¿Por qué nos habíamos de separar de su lado? ¿El cielo quiera que las faltas de algunas de mis hermanas no sean el preludio de mayores sufrimientos y desgracias!

— Mitiga tus temores, Berengela, tu hermano heredero del imperio en cuyas manos están nuestros destinos es justo y piadoso. Yo le declararé nuestro amor secreto y no dudo que conmoverá su corazón: le ofreceré mis bienes, mis servicios, y si nuestra presencia le hace sombra, le prometeremos retirarnos á nuestro palacio de Aquitania.

— Todo será en vano, Julio, no esperemos la llegada de Luis: nuestro único recurso es la fuga.

— ¡La fuga, Berengela! ¡Revestirnos con el carácter del crimen! Si salimos de este palacio atraeremos el rayo sobre nuestras cabezas. Tus temores son infundados; yo conozco á Luis...

— Yo también le conozco y tiemblo. Sombrío, receloso, inquieto, no comprende los sentimientos del corazón: todo lo que no es un riguroso deber le parece un crimen: su virtud excesiva no halla límites ni en la crueldad. ¿Cómo ha de aprobar nuestra secreta unión cuando el magnánimo, el indulgente Carlomagno jamás la hubiera consentido? No perdamos mas tiempo, huyamos, acaso haya descubierto nuestro secreto. ¡Ah! tú juzgas á todos los hombres generosos, leales y virtuosos como tú, amado Julio. Mi vida depende de la tuya; el golpe que te hiera recaerá sobre mí.

— Confía en el cielo, Berengela mía; quizá el advenimiento de Luis al trono sea la aurora por tan largo tiempo suspirada. ¡Cuán dichoso sería en poderte llamar mi esposa á la faz del mundo! ¡Cuántos me envidiarían! Porque las gracias posan en tu semblante y la sangre que circula por tus venas es de la primera nobleza.

— Yo soy, mi amado Julio, quien se debe lisonjear de poseerte, y tú eres comparado con los altivos barones de esta corte, lo que el cedro al hisopo. Ellos solo saben cazar y batirse, pero tú sabes el nombre de todos los astros, de todas las plantas; tú entiendes á todos los grandes hombres de la antigüedad, hablas su idioma armonioso, eres elocuente como ellos, y no cedés á ningún otro en gallardía. Tus ojos, azules como el velo del firmamento, hablan al alma... Ah, Julio, qué horrible pensamiento me acorcha! ¿Sabes que los que son sentenciados por el rey están condenados á que se les saquen los ojos?

— Sí, este suplicio ha sustituido en muchos casos á las ejecuciones capitales; pero el gran rey apenas le aplicaba: juzgaba que la pérdida de la vista equivale á la de la vida, y mas bien que imponer esa pena quiso usar en su lugar la de destierro. Mas estimara yo la muerte que ser condenado á no mirar esa sonrisa en-

cantadora, esas negras pupilas que tienen toda la viveza, todo el brillo con que nos describen los ojos de Flora, esa tez tan fresca donde la naturaleza ha derramado á manos llenas los lises y las rosas, el esmalte de tus dientes el marfil de tu cuello, el ébano de tus cabellos. Porque si fuese condenado á ese suplicio, mi único consuelo sería escuchar los dulces acentos de tu voz semejante al canto de los ángeles, reconocer el ruido de tus leves pasos, el roce de tu flotante ropaje, pero aun podría tocar esta mano suave y tersa que sabe responder al lenguaje de la mía. ¡Ay, sí, aun sería para mí dulce la vida!

Al decir estas palabras se abrió la puerta del salón con violencia y entraron en él la alviva Gisela, hermana de Berengela, y el noble franco Alduin, en cuyos rostros se veían pintadas la agitación y la cólera.

— Nuestro secreto ha sido descubierto, exclamó Gisela: los guardias han prohibido salir de palacio á mi esposo Alduin.

— Estamos perdidos, prorumpió Berengela.

— Yo presumo, interrumpió el guerrero franco, que Varncher es el jefe de esta trama, jamás me podrá perdonar la preferencia que me mostró Gisela, y sabrá aprovecharse de la autoridad que tiene en palacio para retenerme en él, sin necesidad de presentarse ante mi vista. ¡Cobarde! Pero si el emperador me llama á su tribunal sabré defenderme.

— Tal vez Julio corre el mismo peligro, dijo la bella Berengela.

— Siendo idéntica nuestra causa, dijo el galo-romano, me parece prudente que pensemos en el modo de defendernos.

— Yo diré al emperador que me he creído digno del amor que Gisela me ha manifestado, y que ya no es tiempo de deshacer un acto tan consumado, y consagrado por un sacerdote. Si Luis no se cree satisfecho con estas razones, partiré á ofrecer mi espada á otro monarca, con mi amada Gisela.

— Pensemos mas bien en los medios de evitar el peligro, exclamó Berengela, y huyamos por el subterráneo secreto, si es que ya no lo han descubierto.

Un confidente de Gisela que entró á la sazón desahogado y sin aliento, interrumpió los esfuerzos de la bella Berengela para que la siguieran al subterráneo.

— Huid, señoras, un sinnúmero de guerreros han entrado en palacio; Varncher los mandaba; vuestros ilustres hermanos han sido arrestados en sus mismas estancias; Vileen, Judun y Cleoaldo, están presos; los condes Varncher y Vala están revestidos de plenos poderes por el emperador Luis, que dicen llega mañana. Se habla de ejecuciones, de destierros para castigar los pretendientes de las princesas.

— Ya lo había yo predicho, exclamó Berengela lanzando un agudo grito.

— ¡Varncher y Vala los jueces nuestros! replicó Alduin con furor.

— No te humilles compareciendo en su presencia, añadió la alviva Gisela. Sal de este palacio; yo demandaré á mi hermano con qué derecho me arranca mi esposo; no depende ni del antiguo rey de Aquitania ni del nuevo emperador. Carlomagno me dió dominios libres.

— ¿Qué haremos, Dios mío? gritó Berengela desesperada: en nombre del cielo, Julio, no tardes en salvarte. Y diciendo esto le estrechaba tiernamente entre sus brazos.

— Desnuda tu acero, dijo Gisela al guerrero franco, y marchemos.

Los cuatro amantes se dirigieron hácia el secreto subterráneo. Un criado que vigilaba en él se presentó á la puerta consternado, y con voz balbuciente exclamó:

— Señor, este paso lo han descubierto, y se halla cercado por muchos soldados.

— No nos queda otro recurso mas que abrirnos paso á viva fuerza, dijo el fiero Alduin.

— Calmaos, replicó el galo-romano, ese proceder nos revestirá con el carácter de rebeldes al emperador; nada tenemos que temer de su justicia.

— Pero mucho de los celos y del odio de sus cortesanos. Yo misma abriré paso. Marchemos.

— Deteneos; mas prudente me parece ponernos á las órdenes de Varncher y Vala, y esperar la llegada de Luis.

— ¡Yo entregarme á mis enemigos! No, Julio, antes morir.

Entonces se presentó uno de los oficiales de la guardia, dirigiéndose á los esposos de las princesas; señores, dijo, Varncher os llama á su presencia.

— Vuelve á tu señor; esclavo, respondió el fiero Alduin, y dile que yo no obedezco las órdenes de un delator, de un cobarde.

— Señor, repuso el enviado, el emperador Luis ha revestido con plena autoridad á los condes Vala y Varncher.

— Esa autoridad nada tiene que ver con las princesas y con sus esposos, añadió Gisela.

— No hagamos resistencia á los emisarios del emperador, hermanos míos, dijo Julio.

— Bien, vamos á interrogar á ese insolente, exclamó Alduin.

— Adios, pues, dijo Gisela; cuando te halles en presencia de Varncher ó de Luis, acuérdate que eres el esposo de una hija de Carlomagno.

— ¡Julio mío! exclamó Berengela cayendo á los pies del galo romano ¡cuánto temo por tu suerte!

— Consuélate, amada mía, pronto estoy á tu lado. Los que han difundido el bien no pueden temer daño alguno; Luis no puede odiar á los hombres que amaba Carlomagno.

Julio y Alduin salieron con el oficial.

Pasados algunos instantes se hallaron en presencia del conde Varncher. A su diestra estaba su sobrino Lambert, joven de grandes esperanzas y uno de los favoritos del nuevo emperador. Numerosos señores, dignatarios, oficiales subalternos y guardias les rodeaban y el conde sentado con gravedad mostraba el aspecto de un juez presidiendo su tribunal.

Cuando se presentó Alduin, Varncher mostró en sus labios una tierna contracción, asomóse á ellos una atroz sonrisa, y toda su fisonomía exprimió un deseo de venganza.

— Alduin comprendió su orgullosa alegría, y ansiando cambiarla en vergüenza y despecho le dijo con ironía: ¿Desde cuándo las liebres citan á los lebreles á su tribunal?

El conde se alzó con cólera de su asiento y sus mejillas se cubrieron de fuego. En efecto, Varncher gozaba de una reputación militar bastante equívoca, y solo sus intrigas palaciegas le había valido el afecto de Luis. Mas rehaciéndose con presteza respondió:

— Desde que los lebreles pretenden unirse á la raza de los leones y de las águilas.

Numerosos aplausos acogieron esta respuesta.

— No te envanezcas con los aplausos, replicó Alduin, tú que sentiste lo mismo; pero la leona volvió las espaldas á la liebre, que tuvo que retirarse llena de oprobio á su madriguera.

Inquieto por el aspecto que tomaba aquel debate, le interrumpió Julio diciendo:

— Conde Varncher, suspendiendo tamañas recriminaciones, ¿no nos podríais explicar la misión que tienes con respecto á nosotros?

— Ilustre Julio, respondió el conde con benigno acento que indicaba la estimación que le merecía. Conocemos vuestra prudencia. La misión que nos ha recomendado el emperador Luis, es que os interroguemos sobre vuestras relaciones con las princesas.

— Señor conde, replicó Julio, algo conmovido pero con dignidad; interrogadme sobre mis actos públicos y políticos, y os responderé; pero no podeis ingeriros en mi vida privada, ni en mi conciencia.

— Noble Julio, todo lo que concierne á la familia imperial es cuestión de estado, replicó Varncher vacilante; porque Luis solo le había comisionado para arrestar á todos aquellos de quienes se sospechase mantener inteligencias con las princesas; y el conde se erigió de suyo en juez para ejercer sus venganzas personales contra Alduin.

— Señor conde, añadió el galo-romano, permitidme reconozca solo en el emperador, como hermano de las princesas, el derecho de interrogarme sobre sus ilustres hermanas; conviene á la majestad del trono y á la dignidad de las princesas no debatir estos públicamente.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, y el conde mismo reconoció en su interior la sabiduría de tales objeciones.

— Y yo, prorumpió Alduin en alta voz, sin desaprobación la reserva de Julio, cuya posición difiere de la mía, digo que se debe ventilar á la faz del mundo, y se vera que la princesa Gisela es honrada por mí, y deshonrada por mi acusador. Sí, yo la amo, y soy correspondido. Hemos jurado amarnos eternamente, y lo hemos jurado sobre los santos evangelios. Un hijo es el fruto de nuestra unión, y apruébelo ó no lo apruebe el emperador Luis, nuestro lazo no será menos indisoluble.

— Si es cierto que existe ese lazo, replicó Varncher, es un crimen cuyo castigo recaerá sobre vos, conde Alduin, y habreis echado un borron en la familia imperial; borron que el gran Luis sabrá lavar.

— Esta unión, miserable, será indisoluble hasta con mi muerte y la de mi hijo, y Gisela jamás se unirá con otro. ¿Dices que es un crimen? Pues bien, tú tambien quisiste cometer ese crimen: ¡un borron! ¿Ignoras que una hija de Carlomagno no puede ser deshonrada jamás por unirse con un Alduin? ¿Juzgas que le convendría mas algun príncipe lombardo ó suevo que hubiéramos hecho pasar bajo nuestras espadas ó algun aventurero como tú? No: Gisela ha querido un hombre libre, que mereciese la estimación de su padre, y después de haberte despreciado me tendió su mano.

— Pues bien: á pesar de eso, respondió Varncher, rechinando los dientes, si el emperador Luis me da su consentimiento la princesa Gisela habrá de seguirme, y se unirá conmigo.

— Contigo, imprudente calumniador, ¡toma! prorumpió el guerrero franco, lanzando su manopla al rostro del conde. Alza ese guante, si reside en tu corazón un resto de valor, y pruébame en mortal duelo que tu acero puede sostener la audacia de tu lengua. Antes de elevarse hasta Gisela debes igualarte conmigo.

— Por Dios, reportaos, Alduin, dijo Julio al enfurecido guerrero.

— No alzo tu guante, replicó Varncher con pálido rostro, porque desde este instante te has degradado, y solo perteneces al verdugo.

— ¡Al verdugo!... gritó Alduin lanzando centellas por los ojos; ¡defiéndete, cobarde!

Y sacando su acero se arrojó sobre el conde.

Julio, Lambert y una multitud de oficiales se precipitaron entre los dos rivales; pero el arma poderosa del guerrero franco se lanzó como el rayo sobre la frente del desgraciado sobrino de Varncher, y le tendió en tierra sin dejarle prorumpir una queja.

(Se continuará.)

Los faros eléctricos

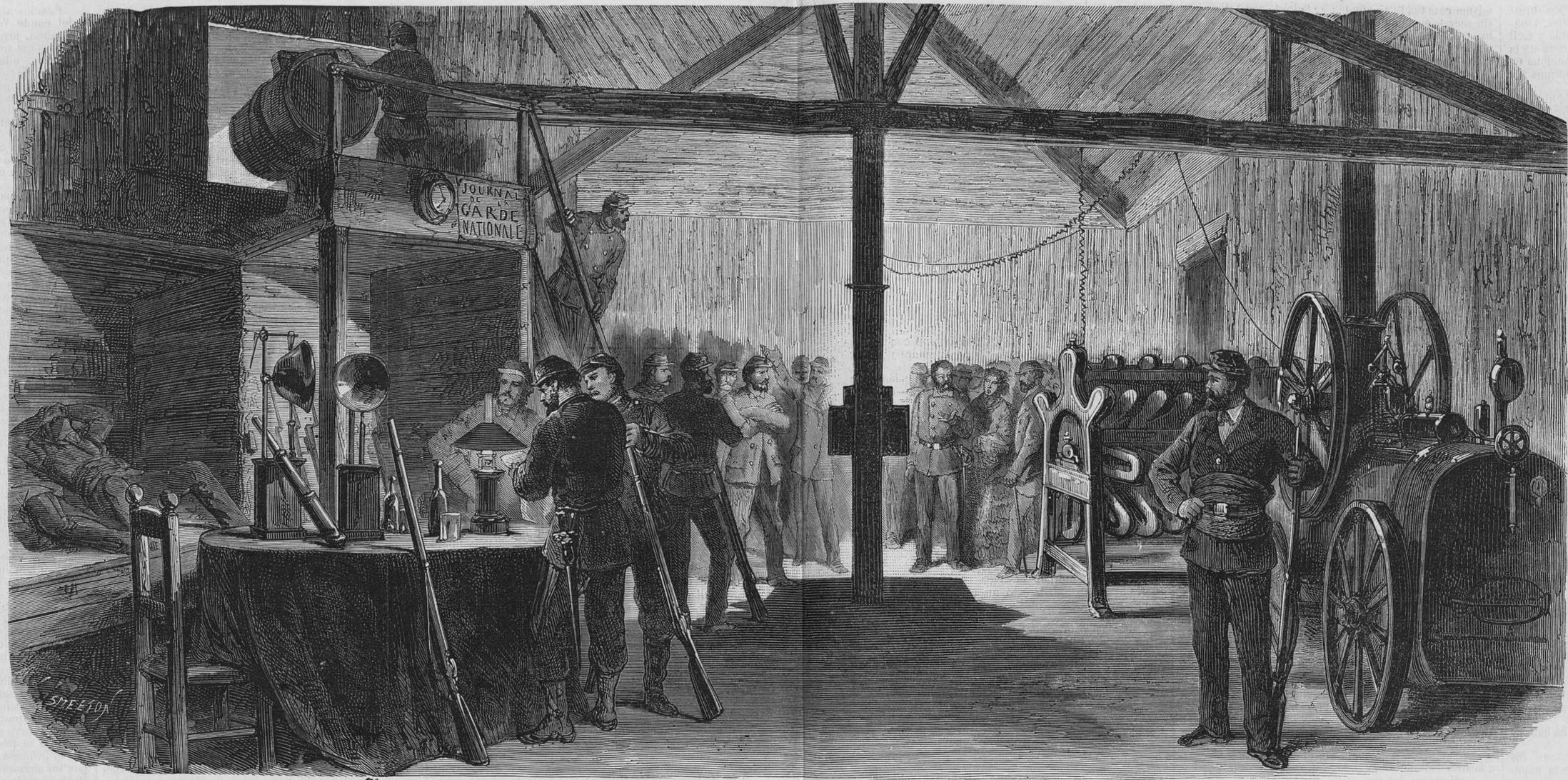
DE LA DEFENSA.

Entre los nuevos agentes que la ciencia ha puesto al servicio de la defensa de París, merece ocupar uno de los primeros puestos la luz eléctrica. Últimamente ha sido de un gran recurso en Chatillon, cuando inundando con una claridad súbita un espacio que ocupaba el enemigo, permitió desalojar á este de las obras de ataque que trataba de establecer á favor de la oscuridad; este solo ejemplo basta para dar una idea de los servicios que puede hacer la luz eléctrica en una lucha como la que se sostiene en París, y así es que en muchos puntos del recinto han puesto faros eléctricos cuyos rayos luminosos surcan todas las noches el cielo.

Entre estos aparatos, uno de los mas notables y curiosos es el que ha instalado en lo alto del cerro Montmartre M. Bazin.

M. Bazin no es desconocido para los lectores del *Correo de Ultramar*; él fué quien aplicando la luz eléctrica á las investigaciones submarinas, logró introducir su deslumbradora claridad á profundidades en que ni los rayos del sol habian penetrado nunca. En este periódico tuvimos ocasion de describir las curiosas experiencias hechas sobre este punto en la rada de Cherburgo, y posteriormente hemos dado cuenta de los maravillosos resultados obtenidos por M. Bazin en sus tentativas para sacar del mar, gracias á la luz eléctrica, las riquezas sepultadas en el fondo de la bahía de Vigo.

Hemos dicho que M. Bazin ha establecido su observatorio en lo mas alto del cerro Montmartre, al lado del molino de la Galette, un sitio muy conocido de los parisienses que iban allí los domingos á disfrutar de una hermosa vista vaciando algunas botellas. Ahora las mesas están desiertas, las velas se han apagado en sus farolas de papel humedecidos por la lluvia, y en lugar del choque de los vasos y las canciones de los bebedores, lo que se oye es el



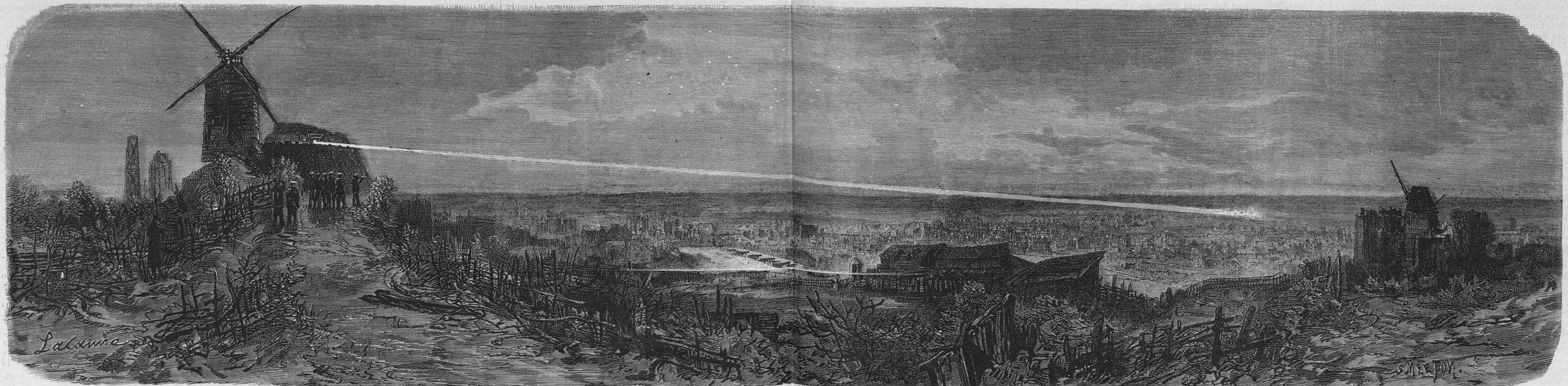
DEFENSA DE PARIS. — El faro eléctrico de Montmartre: Interior del cuerpo de guardia instalado en el molino de la Galette.

ruido monótono de una máquina de vapor.

Siguiendo el angosto sendero que conduce á la plataforma del molino, encontramos á M. Bazin que nos anuncia que van á comenzar las experiencias. Hace una noche muy oscura; pero un largo rayo blanco sale por detrás del molino, surca el cielo y va á perderse á lo lejos en las nubes. De repente el haz luminoso baja y descubrimos la catedral de San Dionisio, con una parte del pueblo; á beneficio de un anteojo se ven distintamente los menores detalles del paisaje; parece que se pueden tocar con el dedo las paredes cubiertas de carteles, el centinela de la barricada; todo eso aparece en el disco del objetivo como en una linterna mágica. Despues se cambia la luz y todo vuelve á entrar en las tinieblas, que la rapidez de la transición hace mas impenetrables todavía. Este es un efecto; pero hay otro no menos sorprendente que se obtiene paseando el rayo luminoso sobre el terreno contiguo: árboles y casas parecen surgir en la sombra como por encanto, y todo se acusa con un relieve y un vigor extraordinarios bajo esa luz ardiente que ilumina hasta los mas ínfimos detalles.

Por estos dos ejemplos se pueden comprender todos los servicios que puede hacer la luz eléctrica en una guerra de sitio: puede alumbrar en un momento dado un punto determinado en las obras del enemigo, de cuyo modo los fuegos de la defensa se concentran sobre ese punto en las mejores condiciones posibles, ó tambien descubierto así el terreno, se pueden burlar todas las tentativas de sorpresa. Tal es el doble papel que desempeñan maravillosamente las luces eléctricas de París, y los resultados que se han obtenido son importantes, á pesar de la considerable distancia á que se hallan las líneas prusianas.

Acabamos de pasar una revista rápida á los efectos del alumbrado eléctrico, y ahora vamos á decir algunas palabras sobre los aparatos que le producen. Bajo este concepto, la instalación de monsieur Bazin es infinitamente superior á la mayor de las del mismo



Rayo de luz eléctrica proyectado sobre Saint-Ouen por el faro eléctrico de Montmartre

género que hemos tenido ocasión [de visitar. En lugar del abultado y nauseabundo aparato de las pilas, tenemos aquí la máquina de inducción. Tan sencilla y fácil de manejar, conocida con el nombre de máquina de la *Alianza*, máquina que hace mucho tiempo funciona en el faro marítimo de la Heve, y que todos pudimos ver en la Exposición universal de 1867.

Una sólida construcción de madera sirve de abrigo á los instrumentos y á los operadores : á la derecha está la locomotora de vapor que pone en movimiento el aparato de inducción, y á la izquierda sobre una plataforma en lo alto de una escalera, como un cañon en una tronera, la linterna eléctrica proyecta entre dos postigos de madera su foco luminoso hácia el exterior; en el fondo se distinguen los fusiles de la guardia nacional que custodian el puesto.

Nada mas pintoresco que el aspecto de ese laboratorio improvisado; en medio de esa maquinaria científica y belicosa, mientras alumbrados á medias por los rojos resplandores del fogon de la caldera, escuchábamos á M. Bazin que nos contaba la fantástica leyenda de los galeones de Vigo, nos creíamos trasportados á la otra parte del Atlántico en una de esas estaciones telegráficas perdidas en medio de las soledades del desierto americano, donde con frecuencia tambien la detonacion de un arma de fuego viene á interrumpir al ingeniero en medio de sus obras.

M. Bazin instala otros faros como el de Montmartre en cada uno de los fuertes del Monte Valeriano y de Montrouge.

L. M.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 932.)

Sin embargo, le indemnizaron algunas miradas que penetraron de alegría su corazón.

Al cabo de un buen rato, Enrique tomó el partido de despedirse, y como miss Garden, que tambien estaba impaciente, le acompañara hasta la puerta, se apresuró á anunciarla el feliz cambio que habia sobrevenido en su existencia, y la jóven dejó traslucir toda la alegría que semejante noticia la causaba.

— Ahora que ya no soy un simple obrero, dijo Enrique, renovando su eterna pregunta ¿quereis esperarme dos años?

— No dos, sino veinte si es preciso, pues bien habreis comprendido que...

Gracia no acabó la frase: huyó ocultando con sus bellas manos su semblante, que se habia puesto como la grana, y no volvió á la sala sino al cabo de algunos minutos.

Enrique no podia creer en la realidad de su felicidad; pero así que sus últimas dudas se desvanecieron, se sintió inundado de alegría y se fué á su casa tan extasiado que sus pies apenas tocaban el suelo.

Mrs. Little fué participe de su felicidad, aunque la pobre madre estaba un poco celosa.

El dia siguiente miss Garden recibia otra visita mas inesperada: era Jael Dence.

Gracia se estremeció al verla y la recibió muy confusa.

— ¡Oh! miss, exclamó Jael abrazándola, ¿por qué esa frialdad? ¿No soy ya vuestra amiga?

Gracia trataba de dominarse.

Jael prosiguió diciendo:

— Yo os tengo mas cariño que nunca por vuestra carta á M. Little.

— Callaos, quisiera no haberla escrito.

— No habéis así; sin eso nunca habria sabido cuán buena sois.

— ¡Cuán loca, deberiais decir!... Pero ¿cómo habeis leído mi carta? ¿Os la enseñó él?

— No, miss, ni me la enseñó, ni la he leído. Me guardaria bien de leer cartas de otros. Mi hermana ha tenido conocimiento de ella, no sé cómo, y me lo ha dicho.

— Probablemente no conoceis su respuesta; si quereis, os la leeré.

— Mil gracias, la adivino. ¿Podria casarse con una mujer cuando ama á otra? A vos es á quien ama, miss, y esperó que seréis dichosos.

— ¡Ah! exclamó miss Garden con un ligero acento de amargura, veo que le conoceis mejor que yo... Son los propios términos de su carta... Sin embargo, no podriais amarle como yo, y pienso que no venís á pedirme que renuncie á él...

Se detuvo un instante y añadió con aire de desafío:

— No lo lograriais.

Mas luego añadió con tono suplicante.

— No; me pediriais mi muerte.

— Querida miss, repuso la jóven del pueblo que evidentemente era superior en esta lucha, no vengo con tal objeto, vengo á daros las gracias por lo que quisisteis hacer en mi favor. Vuestra generosidad no se me olvidará mientras viva. Confieso que he sido imprudente, pero no con exceso. Lo primero que le dije en esta

misma casa fué lo siguiente: «¿Sois de veras obrero?» Un secreto presentimiento me decia que no lo era. Habria podido responderme francamente y no lo hizo, de modo que soy bien excusable. Ahora que le veo convertido en un jóven squire, sé que no puedo aspirar á él: vos, que sois su igual, debeis ser su esposa.

— Pero ¡qué dolor será el tuyo, mi pobre Jael!

— Muy grande, porque nosotros, gente del pueblo, no nos consolamos tan fácilmente como las personas de la clase alta. Se pasarán lo menos un par de años antes de permitir que otro hombre me haga la corte; pero el tiempo me curará. No os pido mas que una cosa, y es que siempre me conservareis vuestro cariño.

— ¡Oh! puedes contar conmigo; pero ¿qué es mi amistad comparada con el amor á que tan noblemente renuncias?

— Es mucho, querida miss, respondió Jael: prefiero vuestra amistad, si me la conservais, á su amor que os robaria.

Gracia, enternecida profundamente con tanta abnegacion, se arrojó en brazos de Jael y las dos jóvenes olvidaron su rivalidad en una expansion amistosa.

Entre tanto Enrique Little no olvidaba aquel baile cuyos preliminares le habian exasperado tanto cuando fué á visitar á miss Garden.

Llegado el dia de la fiesta quiso echar una ojeada y salió diciendo á su madre que no le esperase para la cena.

Despues de haber pasado un rato en el teatro, tomó el camino de Woodbine-villa.

Las iluminaciones, la aglomeracion de carruajes y todo ese movimiento inusitado que se produce con motivo de una fiesta nocturna, habian atraído cerca de la casa una compacta muchedumbre.

En tales casos los curiosos no pertenecen generalmente á las primeras clases de la sociedad, y las señoras vestidas de gasa que se apeaban de los coches tenian que atravesar una doble hilera de hombres y mujeres cubiertos de harapos.

Evitando el mezclarse con la multitud, Enrique se detuvo en el camino á cierta distancia de la casa, se apoyó en un candelabro del gas y se puso á contemplar las ventanas que se destacaban brillantes en la fachada, con la esperanza de descubrir á aquella cuya imagen llenaba todo su corazón.

Las ventanas eran vastas y espaciosas.

Enrique vió blancos hombros y bonitas cabezas adornadas de flores, pero no distinguió á la que buscaba.

Muy luego una ventana mas oscura que las del salon de baile se abrió y apareció en el balcon una mujer: era Jael Dence que, despues de haber vestido á su señorita, iba á arreglar el cuarto.

La jóven vió á Enrique Little en pié bajo el farol de gas; pero el jóven estaba tan absorbido en su contemplacion, que no notó la presencia de Jael. Además, en medio de las sombras luminosas que se agitaban detrás de los cristales, habia creído entrever el perfil de Gracia Garden, que con la frente coronada de perlas y sus hombros resplandecientes de blancura eclipsaba á todas las beldades de la fiesta.

El enamorado observador sintió correr por sus venas un estremecimiento de alegría, al que siguió muy luego un sentimiento doloroso.

¿Por qué aquel cambio?

Era que un hombre se acercaba á Gracia, rodeaba con su brazo el talle de la jóven y las dos sombras, dándose la mano, bailaban un vals cuyos compases atravesaban como un puñal el corazón de Enrique.

Aquel hombre era Federico Coventry.

Cada vez que las dos sombras pasaban por delante de la ventana, el puñal se hundia mas profundamente.

¿Qué situación para el pobre obrero escultor!

Allí estaba perdido en la noche, con los piés en el lodo, mirando desde lejos la divinidad de que parecia separarle un invencible obstáculo, en tanto que un odioso rival la enlazaba en sus brazos y se embriagaba con su contacto.

Enrique distinguió por fin á Jael, que estaba sola como él, como él excluida de aquella multitud brillante y condenada al aislamiento.

Sus ojos se encontraron y la jóven leyó en los de Enrique una súplica silenciosa.

Jael hizo una señal y desapareció.

Enrique comprendió entonces que tenia una amiga dentro de la plaza y que iba á intentar algo en su favor. No se movió del candelabro.

De repente vió que se abria una de las ventanas del salon de baile, y Gracia salió al balcon. Sus hombros desnudos se estremecian con el aire helado de la noche.

Enrique tiende hácia ella sus manos suplicantes.

Gracia le ve, se inclina fuera de la balastrada y poniéndose una mano en los labios, parece decirle con un ademán elocuente que su corazón es todo suyo.

Enrique estuvo á punto de desmayarse de gozo.

En el exceso de su éxtasis sus ojos se cerraron, y cuando los volvió á abrir, la graciosa vision habia desaparecido.

Apenas se habia repuesto de su emocion vió llegar á Jael envuelta en su manto.

La jóven se acercó á él y le dijo:

— Es preciso que os marcheis de aquí.

— ¿Quién lo manda?

— Miss Garden.

— ¿Quiere alejarme para quedarse sola con él?

— ¿Qué os importa si su corazón es vuestro?

— ¿De veras?

— Puesto que yo lo afirmo: yo no miento nunca.

— Lo sé; pero no por eso son menos crueles mis tor-

mentos. ¡Oh! Jael, mi buena Jael, decidme la verdad: ¿es á mí á quien ama ó á ese Coventry?

— A vos, á vos solo, os lo repito.

— En ese caso, ¿por qué quiere privarme del solo placer que me esté permitido; que es el de verla de lejos cuando otros mas afortunados están en su casa?

— ¡Ah! sois como todos los hombres, muy egoista. ¿Creéis que la agrada saber que estais al frio y confundido entre la turba inmunda? ¿No se ve en la precision de hacer los honores del baile á sus amigas? No bagais amargos los placeres propios de su edad. Volveos á vuestra casa con vuestra madre, que debe estar inquieta con vuestra ausencia. No solo Gracia os lo pide, sino yo tambien y ya sabeis, añadió con lágrimas en los ojos, que soy mas desgraciada que vos.

— Perdonadme, Jael, sois una buena chica y cada dia me dais pruebas de vuestra bondad. Me iré de aquí; pero con una condicion, y es que no vuelva á bailar con Coventry.

— ¡Condiciones! exclamó Jael.

— Sí, una sola, y es inflexible. No me moveré de aquí si no me lo promete.

Desesperando de vencer su obstinacion, la jóven se alejó para cumplir su mensaje.

Volvió al cabo de minutos.

Miss Garden, lejos de enfadarse, tenia como gusto en satisfacer aquella exigencia.

Prometia no bailar ni con M. Coventry ni con nadie, si Enrique consentia en ir á casa de su madre y seguir los consejos de la digna señora.

— Tales son sus propias palabras, añadió Jael, que las ha repetido dos veces, á fin de que no os quede duda.

— Que Dios la bendiga, y á vos tambien, Jael, mi mejor amiga.

Enrique arrojó una larga mirada al balcon á que se habia asomado Gracia y se alejó lentamente.

De vuelta en su casa halló á su madre que le esperaba con inquietud, y le preguntó lo que habia hecho aquella noche.

— ¿Qué pensais de todo esto, madre mia?

Y como Mrs. Little callaba, añadió:

— ¿Qué pensais de Gracia?

— Ignoro si es buena, pero la creo de mucha sensatez.

— ¿Y creéis que me ame?

— Eso es mas difícil de saber. Os lo diré cuando la haya visto, lo que supongo no tardará mucho. Debo confesaros una cosa, hijo mio. El amor de una madre es el mas puro y ardiente de todos; pero las madres no son ángeles y no están exentas de todo egoismo. Sois mi único hijo, mi único amigo en la tierra, sois mi alegría y el consuelo de mis dolores; juzgad si debo estar celosa de vuestro cariño. En otros tiempos á nadie amábais sino á mí, y yo, loca, habia creído que así seria siempre. Pero ¡ay! se ha aparecido una hermosa jóven y yo estoy destronada. Os confieso que la he maldecido... Pero no os incomodeis, querido Enrique, ahora ya estoy resignada. Quiero ante todo vuestra felicidad, y desde mañana trabajaré para conseguirla.

— ¿Y qué hareis para eso, querida madre, preguntó Enrique abrazándola con efusion.

— Volveré á la sociedad, porque ha llegado la hora de que recobremos en ella nuestro rango.

XIV.

ENRIQUE LITTLE, HOMBRE DE MUNDO.

En la mañana del dia siguiente Mrs. Little, que habia pasado una parte de la noche reflexionando, dijo á Enrique:

— Necesito algun dinero y os pido toda la suma de que podais disponer. Mientras hago yo aquí lo que me propongo, vos ireis á Lóndres y hareis absolutamente lo que yo os diga.

— Muy bien, contestó Enrique; me escribireis vuestras instrucciones.

— ¿Podeis salir hoy mismo?

— No veo inconveniente, con tal de que pase un instante á la fábrica para dar mis órdenes.

— Entonces, cuando volvais estarán escritas las instrucciones.

— ¡Qué prisa teneis, madre mia! En fin, supongo que es en nuestro interés.

A las doce salió Enrique para Lóndres con las instrucciones de su madre en el bolsillo y un buen surtido de herramientas para esculpir.

Segun las instrucciones, en cuanto llegó se fué á ver á un sastre elegante que le prometió vestirle en veinte y cuatro horas.

El dia siguiente presentó sus herramientas y consiguió diferentes pedidos.

Terminados sus asuntos, el jóven industrial compró guantes, corbatas blancas y un sombrero, y se hizo cortar el pelo en Bond-street.

A las siete le trajeron el traje y á las ocho estaba instalado en una butaca de la ópera.

Su madre le mandaba al teatro para que estudiase el aspecto de los hombres y las señoras del gran mundo y aprovechase sus observaciones.

Pero el novel espectador se absorbió completamente en la música.

Sin embargo, no dejó de ver y aprovechar, como deseaba su madre.

El tercer día después de haberse encargado un traje que debían enviarle á Hillsborough, visitó de nuevo á sus clientes; luego envió un telegrama á su madre y llegó á Hillsborough á las once de la noche.

Al verle Mrs. Little exclamó:

— ¡Cielos! ¿Qué habeis hecho de vuestro hermoso pelo?

— ¿Os parece horrible, no es verdad? dijo el joven riendo.

— Pareceis un soldado.

— Exactamente, un voluntario de la milicia; pero ¿qué queréis? es la moda.

— ¿De veras es la moda?

— Muy de veras, así mismo llevaban el pelo todos los elegantes de la ópera.

Mrs. Little le preguntó después algunos detalles sobre los vestidos de las señoras; pero Enrique no pudo dar sobre este punto más que noticias incompletas.

— Sin embargo, dijo su madre, habriais debido pensar que el asunto me interesaría. Decidme, ¿deseariais que vuestra madre se vistiera como las señoras que estaban en la ópera?

— ¡Oh! no; no quisiera veros vestida con colores tan chillones, ni con los trajes recogidos como las cómicas, ni con ese horrible rodete postizo que cuelga por detrás como un pegote.

— De todos modos me habria gustado estar en la ópera, donde seguramente habria visto algo que me convida.

Enrique debía pasar todo un día en la fábrica, y quedaron en que no saldria á menos que su madre le llamara.

A las seis de la tarde Jael fué á buscarle en coche. Enrique, que no podia explicarse la presencia de la joven, la preguntó cómo se habia encargado de aquel mensaje.

— Nada más sencillo, dijo Jael. Fui á visitar á vuestra madre, como me dijo cuando la llevé el busto antes de nuestra marcha á Raby-hall, y la encontré tan ocupada que la ayudé y la prometí que volveria todos los días hasta que estén puestos los cortinajes.

— ¿Qué cortinajes?

— No me interrogueis y marchemos.

Enrique, dominado por su curiosidad, la instó para que le descubriera aquel misterio; pero en vano, pues Jael fué impenetrable.

Entre tanto el coche marchaba y Enrique observó con sorpresa que no tomaba el camino de su domicilio.

Por fin el vehículo se detuvo en una bonita casa situada en una de las colinas que rodean á Hillsborough.

— Estais en vuestra casa, dijo Jael.

El edificio estaba rodeado de un jardincillo y parecia muy alegre, gracias á sus muchas ventanas y á la lumbrera que ardia en todas las chimeneas.

La sala y el comedor se hallaban en el piso bajo.

Entrambas piezas estaban separadas por una puerta de dos hojas abierta en aquel momento.

Enrique encontró á su madre en el comedor con dos obreras que cosian cortinas, y en la sala habia otras dos mujeres que arreglaban una alfombra.

La mesa puesta tenia el mejor aspecto, en medio de la confusion de la mudanza.

Enrique se detuvo alónto de asombro, mientras su madre le miraba sonriendo.

— Sentaos á la mesa, querido hijo, le dijo, y no hagais caso de nosotras. Dadle el té, Jael.

— Todo esto me parece un sueño, exclamó Enrique después de haber oido las explicaciones de su madre; pero no me gusta veros trabajar tanto.

— Trabajo con mucho gusto, y si no lo hiciera la casa no estaria lista en dos semanas, y quiero que mañana lo esté, lo que conseguiré gracias á mi buena Jael, que no se cansa.

— Yo no tengo ningun mérito, dijo Jael; nosotras las muchachas del campo, somos robustas para el trabajo, y aquí donde me veis, he llevado ya á hombros más de un costal de avena.

Así hablaron un rato, y llegada la hora en que Jael debía marcharse, Enrique se ofreció á acompañarla.

Cuando le dió las buenas noches á la puerta de Woodbine-villa, Jael le dijo:

— No, buenas noches, sino adios, pues salgo mañana para asistir á la boda de mi hermana.

— Pero volveréis.

— No.

— ¿Y por qué?

— Porque no puedo dejar solo á mi padre. Adios pues, y que Dios os conceda toda la felicidad que mereceis.

La joven labradora apeló á todo su valor y estrechó la mano de Enrique en silencio.

Así se separaron, ella devorando sus lágrimas y él volviendo á su madre gozoso y rebotando esperanza.

Mrs. Little dió cuenta á su hijo de todo lo que habia hecho durante su ausencia.

Habia hecho muchas visitas y en todas partes habia sido muy bien recibida.

— Os he preparado las vias, le dijo; he dicho que vuestro tío Raby queria llevaros á su casa y nombraros su heredero, pero que habiais rechazado la oferta por la pasión que teneis á la industria. Después hablé de vuestras reformas filantrópicas que, á decir verdad, me han inspirado el mayor interés; pero la amistad del buen doctor Amboyne me ha parecido mejor recomendación. Finalmente, creo poderos asegurar que seréis acogido con los brazos abiertos por la mejor sociedad de Hillsborough.

— Mil gracias, querida madre. ¡Ahora lo que temo es una cosa.

— ¿Cuál es?

— Que cometeré muchas torpezas.

— Tranquilizaos; las primeras reuniones á que asistireis serán aquí, y vuestra falta de mundo podrá pasar por el descuido de un amo de casa que quiere que los convidados estén con franqueza. Además, yo os enseñaré... Y principio por deciros que debeis cuidaros las uñas y gastar guantes cuando no trabajéis. Además, cada día recibireis una lección de baile.

— ¿Os acordais, madre mia, que me enseñabais á bailar el minué cuando era niño?

— Sí, y á los dos nos costaba trabajo. Sin embargo, al fin le bailábais como un ángel. Teneis buena traza, sin lisonja, y la atribuyo al minué; pero ahora tendreis un profesor de baile que principiará á venir mañana.

En el comedor de Mrs. Little habia una mesa, á la que podian sentarse unos diez convidados; pero para empezar no reunió más que cinco ó seis personas.

Enrique comió mas de un solecismo.

Su madre le advertia, y una sola observacion bastaba para corregirle.

Mrs. Little era una de esas personas que saben fascinar cuando quieren, y entonces queria y con empeño.

Muy luego las reuniones de su casa se hicieron numerosas, y como reinaba en ellas una cortés franqueza, la mesita redonda eclipsó en atraccion á las mesas largas de Hillsborough.

La madre y el hijo recibian tambien convites, y al fin sucedió lo que Mrs. Little esperaba con impaciencia, Enrique y Gracia se encontraron.

Fuó en una de las principales casas de Hillsborough.

Enrique estaba hablando con uno de los convidados, cuando el lacayo anunció á miss Garden.

Su corazón queria saltársele del pecho; parecióle que un rayo de luz eléctrica alumbraba la sala en tanto que la joven era recibida por la señora de la casa con esa exuberancia de efusion que las señoras tienen siempre á su servicio y cuyo motivo no siempre comprenden los hombres.

Cuando Gracia mirando en su derredor encontró los negros ojos del joven, presa de la mas viva emocion, se estremeció y tambien sus ojos brillaron: una sola mirada habia bastado para observar toda la persona de Enrique y hasta el detalle mas ínfimo de su traje.

Sus manos se estrecharon con delicia, y antes de que hubiesen tenido tiempo de decirse una palabra, un implacable mayordomo anunció la comida con gran satisfaccion de la mayor parte de los convidados.

Los dos jóvenes estuvieron separados en la comida, aunque colocados uno enfrente de otro.

Enrique abusó de la situacion para mirar tanto á Gracia, que la joven, un tanto turbada, tuvo repetidas veces que elavar su vista en otra direccion.

Sin embargo, dos ó tres veces entabló con Enrique un diálogo mudo.

En suma, en las dos horas que duró la comida, la joven le enseñó á fondo el lenguaje de los ojos, en el cual, comparado con ella, era un novicio.

Hízole comprender que habia visto á Mrs. Little y que esperaba convencerla pronto.

Algunos de los telegramas fueron, no obstante, indecifrables para Enrique.

Concluida la comida, miss Garden le preguntó si no queria presentarla á su madre.

— ¡Con mucho gusto! dijo Enrique muy satisfecho.

Y la presentacion tuvo efecto seguidamente.

Saludáronse con gracia, aunque no sin cierta solemnidad; entrambas conocian la importancia de semejante acto.

— Os he reconocido por vuestro retrato, dijo miss Garden.

— Pues lo que es ahora no debo parecerme mucho.

— Sí, sí, el parecido es extraordinario, podeis creerme.

Mrs. Little meneó la cabeza y luego dijo con tono muy afable:

— Según me han contado os debo la rehabilitacion de mi retrato, y por consiguiente me permitereis que os dé las gracias.

— ¡Habria querido que presenciárais aquella extraordinaria escena y que hubiéseis oido á M. Raby. Es un hombre de noble corazón y que os tiene mucho afecto.

— ¡Dios lo haga! exclamó Mrs. Little, visiblemente conmovida; pero si gustais, hablaremos de otra cosa, pues el asunto es demasiado grave.

Una vez hecho el conocimiento, una dulce intimidad se estableció prontamente entre Mrs. Little y miss Garden, y cuando Enrique se acercó á ellas, la conversacion era tan animada que se quedó extasiado escuchándolas.

Por fin, M. Garden, que llegaba de otra reunion, se llevó su hija, con lo cual se acabó la velada para Enrique. Mucho se habia ganado: Mrs. Little y Gracia se conocian y parecian muy dispuestas una hácia otra.

Cuando los dos enamorados se volvieron á encontrar, las circunstancias no eran tan propicias.

Era en una numerosa reunion, á la que asistia M. Coventry.

La señora de la casa, que era amiga de M. Coventry, le designó para acompañar al comedor á miss Garden. Sentados al extremo de la mesa, Enrique se halló condenado á ver con ojos celosos los obsequios de su rival, lo que no le dió por cierto una buena comida.

Sin embargo, comenzaba á observar que tales contratiempos eran cosa frecuente en sociedad y que era preciso saber sufrirlos; y algunas señales imperceptibles de Mrs. Little le confirmaron en tan prudente resignacion.

En aquella reunion los dos rivales se encontraron en contacto.

El joven Little, animado por la presencia de la mujer que amaba, recobró la completa posesion de sus facultades.

Su conversacion llamó en su derredor un pequeño grupo, y como Gracia, que formaba parte de él, parecia alentarle con su mirada, estuvo tanto más brillante cuanto que su pintoresco lenguaje se alejaba mucho del que se habla en los salones.

M. Coventry, despechado por el triunfo de su rival, afectó contradecirle con un tono de ironía que, sin ser francamente agresivo, tenia por objeto molestarle.

Gracia comprendió el ataque; pero no se atrevió á tomar partido por Enrique.

Little sintió que la ira se apoderaba de él, y quizás habria traspasado los límites de la moderacion, si su madre no le hubiese distraído llevándole á una pieza contigua con pretexto de enseñarle una planta exótica.

Cuando estuvieron solos, Mrs. Little le calmó y aprovechó la ocasion para decirle:

(Se continuará.)

Los alistamientos voluntarios.

En los últimos días de octubre la plaza del Panteon nos ha ofrecido un espectáculo conmovedor y patriótico.

El alcalde del quinto distrito habia hecho un llamamiento á todos sus conciudadanos para los alistamientos voluntarios en la guardia nacional.

Habiase levantado delante del edificio una tienda enorme que estaba abierta todos los días, desde las doce hasta las cuatro, y allí habia diez registros donde se escribian los nombres de los voluntarios de los diez batallones del distrito. Otros dos registros se reservaban, el uno para el batallon de Ivry y el otro para los voluntarios que no habian podido ingresar en las filas por falta de armas. En el centro se veia un cepillo para recoger las ofrendas con destino á la fabricacion de cañones.

En lo alto de la tienda ondeaba una bandera negra en la que se leian estos tres nombres:

ESTRASBURGO, TOUL, CHATEAUDUN.

A la derecha y á la izquierda habia trofeos de banderas tricolores con las iniciales de la República francesa.

Debajo en una ancha banderola habia esta inscripcion:

« Ciudadanos: la patria está en peligro. Alistamientos voluntarios de la guardia nacional. »

A la izquierda: 4792. A la derecha: 4870.

En el fondo se destacaban en gruesos caracteres los números de los diez batallones del distrito, y del batallon de Ivry para el cual se recibian los alistamientos.

Allí tambien se leian las proclamas del alcalde y de los miembros del comité de distrito.

Hé aquí los principales párrafos de las proclamas del alcalde M. Bertillon y de los adjuntos M. Friser y monsieur Vimont.

« Ciudadanos: La República de Venecia tenia su *Libro de oro*, donde inscribia el nombre de los elegidos, de los grandes ciudadanos de la República.

« Abramos nosotros tambien el *Libro de oro* del quinto distrito para conservar el recuerdo de su patriotismo.

« La determinacion de un voluntario, de un hijo, de un padre de familia, no es solo un sacrificio del voluntario, sino tambien del anciano padre, de la madre, de su hermano y de la esposa. Como en otros tiempos, la mujer ha de ceñir su cinturon para que el hombre marche confiado y firme.

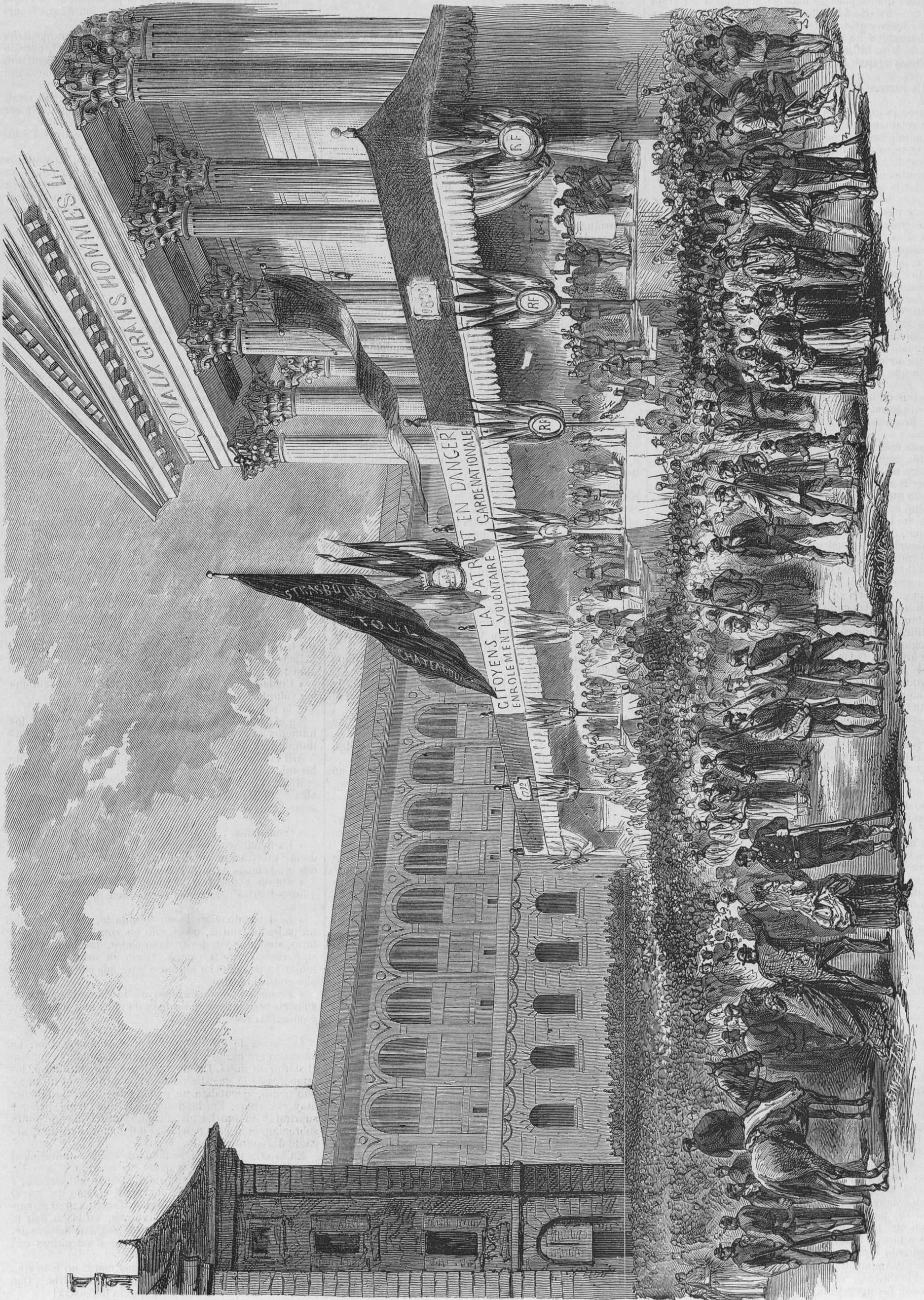
« Francesas: los corazones de los hombres están en vuestras manos: que no salgan de ellos mas que nobles y enérgicas resoluciones. »

La escena de los alistamientos era conmovedora. La afluencia era grande, y hubo compañías enteras que se alistaron en masa. En cuanto llegaba un voluntario, los tambores de la guardia nacional cubiertos con un crespon negro, ejecutaban un redoble de un efecto fúnebre muy exagerado. Era la única cosa que debia haberse suprimido en aquella instalacion improvisada que honra sobremanera al celo patriótico del doctor Bertillon, alcalde del quinto distrito.

En la otra República se llamaba á los voluntarios al canto de la *Marsellesa*, y todos los corazones poseidos de un entusiasmo indescriptible, juraban consagrarse á la defensa de la patria. M. Bonvalet, alcalde del tercer distrito, que ha dado como M. Bertillon una gran solemnidad á la inscripcion de voluntarios, saludaba con la *Marsellesa* los alistamientos de los guardias nacionales y los ciudadanos confundian sus voces patrióticas con las notas vibrantes de la orquesta.

El alistamiento de los voluntarios marca en este sitio el principio de la ofensiva del ejército de París. ¡Que sea la ofensiva no menos feliz que la defensiva!

H. V.



DEFENSA DE PARIS. — Los alistamientos voluntarios en la plaza del Panteon, 5º distrito.

Soldados,

GUARDIAS MOVILIZADOS Y NACIONALES.

I.

A la hora en que se reorganiza completamente la guardia nacional para obtener compañías de guerra, en vísperas de abrir con la ofensiva el segundo periodo del sitio, se discuten mas que nunca los méritos y defectos del ejército de Paris y de los ejércitos de provincias.

Las críticas abundan sobre todo en lo que concierne á la organizacion militar de los departamentos. A una voz se proclama que las provincias, heredando los rencores del gobierno caido contra Paris, no han hecho mas que favorecer á la Prusia y multiplicar los peligros de la patria.

¿Por qué esa animosidad contra la capital á la hora en que la gran ciudad que llamaban el Jardin Mabille de la Europa, demostraba que es muy digna de ser la cabeza y el brazo de la Francia?

Que los departamentos imiten á Paris. Aquí, lejos de romperse, los eslabones de la cadena se afirman, y soldados, guardia movilizada y nacionales nos muestran tres cabezas bajo el mismo kepi.

Desde el pánico de Chatillon, el ejército ha recobrado su aplomo. Los regimientos de marcha que acaban de orga-



DEFENSA DE PARIS. — Un nacional que sale de guardia

nizar se han distinguido ya; el 28º, el 35º y el 42º, mas de una vez han ilustrado ya su bandera

II.

La guardia nacional podrá entrar tambien en parangon con el ejército. Ya la tenemos en primera línea y debemos rendir público homenaje á su patriotismo, pues las compañías que han practicado reconocimientos se han portado valerosamente al frente del enemigo. Muchos batallones han recibido ya el bautismo del fuego y probado á la Prusia que la guardia nacional representa un primer ejército.

El servicio que hace en las murallas es una buena escuela. Echemos una ojeada al nacional que sale de guardia. Está un poco cansado, tiene frio y hambre, pero de repente al volver una calle se reanima y se sonríe; es que acaba de ver á su familia que llega á recibirle. Su esposa toma su brazo, su chico le salta al cuello y otro le sigue. ¡Qué alegría! ¡Qué orgullosa la madre! Parece en verdad la mujer de un héroe.

Pero no es todo aun. Si tenemos el servicio de las compañías de guerra y el de la guardia nacional sedentaria, tenemos igualmente el servicio de los ingenieros civiles.

Toda obra patriótica es muy bien recibida. Hasta los batallones cívicos no armados han aceptado sin quejarse, la ingrata tarea que les está reservada en la defensa. Nuestros dibujos representan



Guardias nacionales de los ingenieros civiles pasan la lista.



Guardias nacionales de los ingenieros civiles trabajando

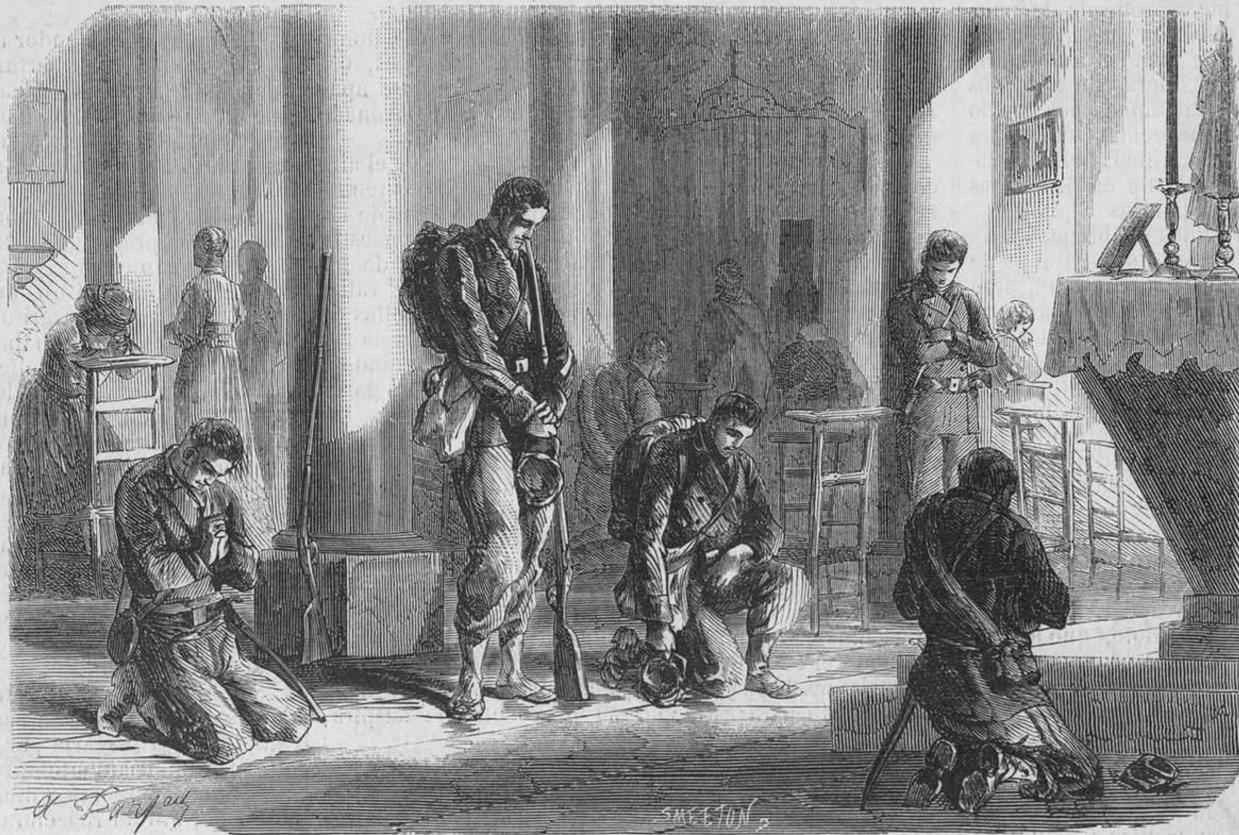
trabajando á esos operarios de los ingenieros civiles que dan la última mano á la obra de la defensa y de las barricadas.

Totleben lo ha dicho: en un sitio la gran cuestion es remover la tierra. Los ingenieros civiles de la guardia nacional prestan, pues, á la defensa un señalado servicio.

III.

En cuanto á los guardias movilizados, se ha operado en ellos una trasformacion completa. Si se trata de ir á buscar forraje, trabaja como si hiciera la cosecha del campo paterno; y si se trata de prestar mano fuerte á los ingenieros, siempre está pronto y se puede contar con su enérgico auxilio. De recluta ha pasado en breves dias á soldado aguerrido.

Los de Bretaña se dis-



Guardias móviles bretones en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

linguen particularmente esa imperturbable serenidad de alma. Son en Paris lo que eran en su tierra. Entremos en una iglesia, y si hay en la vecindad acuartelado algun batallon de los 5 departamentos bretones, podemos estar seguros de hallar algun soldado piadosamente arrodillado en los sitios mas recónditos de las capillas laterales.

Los domingos dicen para los bretones una misa particular y uno de ellos hace de monaguillo. En medio del coro está un teniente con la espada desenvainada y á los dos lados del altar hay dos soldados con armas. Toda la iglesia se llena y á la entrada del coro el capellan entona cánticos bretones que los hijos de la Armorica repiten en coro.

Es un cuadro sencillo é interesante que hemos querido reproducir entre nuestros dibujos.

R. M.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuacion.)

Enrique y Sofía difundían en torno suyo la alegría, que de lleno no sentían, un entusiasmo de placer, de que por completo no participaban.

Y sin embargo, aquel espectáculo era para Sofía, mas que para nadie, consolador y vivificante. Aquel baile al aire libre y perfumado, al bello sol de una tarde magnífica, en un salón cubierto por el cielo, en medio de frondosísimos árboles y de matizadas flores, no podía dejar de traerle una memoria de comparación con el recinto de otro festín memorable.

En este momento la imagen de aquella fiesta, en las altas horas de la noche, con atmósfera de calor, de polvo, de aspiración de gas y de luz de bugías, con el mohín de las caretas y la extravagancia de los disfraces, con el guirigay de los desacordes gritos y de las voces contrahechas, con la libertad de las conversaciones desahogadas y de las demostraciones provocativas, con el clamoreo de descompuestos brindis y el estrépito y algazara de copas rompidas y botellas chocadas, debía aparecersele como la mala visión de una bacanal repugnante en los ensueños de la calentura ó en el letargo de la embriaguez...

Era natural que la alegría y la inocencia de aquella rústica fiesta, que se celebraba á la faz de un santuario y como un obsequio á la Virgen, conmoviera profundamente su imaginación y templara aquellos recuerdos con un baño de frescura, soplando por sobre su frente como una corriente de aire que viene por entre agua y flores... Tal vez no era bastante. La memoria evocada por la sensación involuntaria de aquel contraste, dominó en su fantasía como una aparición de remordimiento, y los compases de aquellos walses y los torbellinos de aquellas parejas le inspiraron como un vértigo de terror... «Que bailen... que bailen,» gritaban en esto mil voces con clamoreo de invitación y ruego, dirigiéndose á los dos jóvenes; y antes que Sofía hubiera podido deliberar un instante, los brazos de su primo habían enlazado su flexible talle, y volaba, arrebatada en rápido giro, en derredor de los entrelazados mirtos y de las azules hortensias.

Un inmenso tumulto de aplausos saludó la evolución rápida de la bella pareja; pero Sofía se puso pálida como de espanto ó de mareo, y á la primera vuelta iba á parar á Enrique, cuando un solemne repique del monasterio hizo descubrir todas las frentes, deshacer todos los coros, y dirigirse toda aquella multitud á otro mas santo y religioso espectáculo.

Al estruendoso clamoreo de las campanas, al estampido de centenares de cohetes y armas de fuego, al estrépito y disorde son de todos los tambores y rústicos instrumentos, y del inmenso vocerío de aclamación que levantaba la muchedumbre, devotamente entusiasta, salía de la iglesia una solemne procesion, término y principal episodio de aquella festividad... Aquella pompa religiosa en medio de los campos; aquella imagen de la Virgen engalanada con mil cintas, recamada con mil flores, radiando entre mil luces, rodeada de palomas prendidas, que volaban al rededor, asistida de niños vestidos de ángeles, con alas de grandes aves marítimas, conducida entre dos largas hileras de ancianos marineros, y pasando triunfante y aclamada por medio de la multitud arrebatada y embebecida, tenía para Sofía un carácter, á su manera, magnífico, bello y patético, que no siempre había encontrado en los cultos de las grandes basílicas y de las populosas capitales.

Luego tras los sacerdotes, revestidos de blancas y rizadas sobrepellices, campeaba al viento un guion de tisú blanco y dorado, que sostenía penosamente, pero con aire de marcial complacencia; un antiguo general de marina que vivía retirado de aquellos contornos. El veterano de Trafalgar ó de Tolon no tenía mas que un brazo con que asir, apoyando el cuento en la tierra, el asta de la santa bandera, y sus largos cabellos blancos caían sobre el cuello de su descolorido uniforme.

Asistíanle llevando los borlones de oro del religioso estandarte, dos guarda-marinas que parecían biznietos del mutilado anciano; y detrás, á alguna distancia, bajo un palio de brocado de plata, cuyas pértigas sostenían las personas mas consideradas de la comarca, era llevado con majestad y adoración la sagrada forma del Dios Sacramentado, en un viril resplandeciente de oro y pedrería, por un venerable sacerdote, que acompañaban otros seis, revestidos de lujosos ornamentos.

Cuando la religiosa pompa hubo dado casi una vuelta al monasterio, tomó sin entrar en la iglesia, el sendero que subía á una pequeña colina que se eleva al Norte del convento, sobre un recodo de la ría, frente á su embocadura en el mar. La multitud siguió entonces en masa tras de la procesion, y cuando hubieron coronado la altura, quedando atrás el palio y la Virgen enfrente el preste con los sacerdotes se detuvo sobre el punto

mas culminante de la eminencia, donde había preparado un altar de reposo. Colocado allí el Sacramento, todo aquel gentío se prosternó de rodillas, con el recogimiento profundo de quien espera una gran ceremonia...

— ¿Qué van á hacer? preguntó en voz baja Sofía á una mujer que estaba á su lado...

— A bendecir el mar, señorita, respondió la aldeana...

— ¿Bendecir el mar? replicó Sofía...

— Sí, señora... el mar es nuestra principal riqueza, y porque nos da tantos frutos y mantenimientos de su seno, se le bendice en este dia, como á los campos en la primavera...

— Calle Vd., buena mujer, interrumpió un anciano que estaba detrás de Sofía. El mar, señorita, es el cementerio natural de todos nosotros, pobres pescadores y marineros. Se le echa la bendición para que sea lugar sagrado, y tengamos en él sepultura cristiana...

En este instante el preste, tomando el Sacramento, extendiendo sus brazos, y moviéndolos de uno al otro lado en dirección del Océano, hacia pausada y solemnemente la señal de la cruz, como si quisiera estamparla en las olas y dibujarla en los vientos. Una espiral de incienso envolvía, como una blanca nube, el sagrado relicario; los solemnes acentos del *Pange lingua* resonaban al pié de la colina, como los cantos de los levitas en las solemnidades públicas de la antigua Sion; el mar respondía con solemnes mugidos á la bendición de los cielos; el sol, posándose sobre las altas crestas del Poniente, iluminaba con sus rayos oblicuos el simbólico sol de oro en que se custodiaba el Dios vivo; á las campanas sonoras del convento contestaban en lejanos tañidos los esquilonos de las parroquias del valle, y toda la multitud, prosternada bajo la bendición del Altísimo, respondía á la solemne exaltación del Sacramento eucarístico sobre la majestad de los mares, rezando, en universal sumiso murmullo, un responso fúnebre por todos los fieles que habían sido, que habían de ser depositados en aquella universal inmensa sepultura (1).

Sofía rezaba también con inusitado fervor. Sofía ignoraba hasta entonces que la religión de los campos guardara en su seno misterios tan profundos. Sofía ignoraba que el culto de la Divinidad tuviera relaciones tan íntimas y consonancias tan naturales con las condiciones del pueblo. Sofía ignoraba también que en las escenas comunes de la vida vulgar pudiera haber tanta grandeza, y que en la realidad de la existencia, que el mundo se empeña en ver desencantada y materialista, se encontrase tanta felicidad... tanto consuelo.

VII.

En estas reflexiones seguía complacida y embelesada cuando dos horas mas tarde regresaba á su habitación en compañía de Enrique. Cerraba ya la noche oscura, aunque apacible, porque se había detenido en Valle-de-flores para despedirse de Irene. Todavía en los caídos y agonizantes ojos de la paciente enclaustrada, la complacencia de ver á su amiga tranquila y acompañada había hecho brillar miradas de tan suave claridad como la del luminoso crepúsculo; y Sofía á su vez, llevada de las caricias y bendiciones de la religiosa una impresión tan consoladora como las santas alegrías de la fiesta, tan amorosa y vivificante como las inspiraciones y perspectivas de la solemne naturaleza.

Sofía abría sus labios para respirar con delicia el aura embalsamada de los vergeles á la penetrante brisa que venía del mar por sobre los esteros y juncales... Sofía levantaba sus ojos para contemplar, á través de los claros que dejaban los árboles, ora los celajes de inimitables matices que dibujaban al ocaso pabellones de imaginarias telas ó de maravillosos plumajes, ora las estrellas que como empujándose unas á otras, aparecían rutilantes y diamantinas sobre el azul pavonado del Oriente.

Sofía seguía con los ojos, y á veces trazaba en el aire con sus dedos, las purísimas líneas con que se recortaba en toda la redondez del horizonte la silueta de las montañas. Sofía aplicaba sus oídos, como un maestro de música ensayando una sinfonía, al concierto de los mil rumores que cruzaban por la atmósfera del valle, desde el batir lejano de las ondas contra los escollos de la costa, hasta el estridente rechinar de la carreta retardada; desde el alarido de los aldeanos, retirándose á sus escondidos albergues, hasta el mugir de los ganados que se recogían en sus establos.

Sofía se entregaba reposadamente á las sensaciones de la naturaleza y de la realidad, como quien buscaba en ellas el desvanecimiento y desengaño de tantas soñadas quimeras. Sofía abría su corazón á la expansión de la ternura, al deseo de la felicidad, al instinto del placer, tal vez á una primera, vaga, imperceptible inspiración y movimiento de amor...

Porque al fin Enrique está allí, á su lado, apoyándola en su brazo, volviendo á sus ojos miradas tan luminosas como el centelleo de los astros, halagando sus oídos con palabras tan suaves como el murmullo de las fuentes. Está allí para estrechar su mano cuando suspira,

(1) La fiesta y escena que acabamos de describir, demasiado sencilla para ser inventada, la hemos tomado de los recuerdos de nuestra primera edad. Hemos asistido muchos años á la bendición del mar.

para hacerla estremecer con una repercusión eléctrica cuando exhala una palabra tierna, para llevar con su corazón el compás de sus palpitaciones. Enrique está allí, entusiasta, rendido, respetuoso, amante, obsequioso, incansable, bueno, elegante, hermoso; nunca presumido y nunca desesperado, nunca egoísta, nunca importuno, nunca enojado; siempre noble, siempre digno, pero siempre interesante: modelo acabado de pasión sostenida, de reserva delicada, de lealtad galante, de protección caballerosa.

Allí está aquel hombre, que hubiera hecho la felicidad y el orgullo de toda mujer no pervertida; aquel hombre, á quien tal vez no podía confesar indiferencia la que no quisiera dar mala idea de su corazón... ¡y aquel hombre es suyo, está pendiente de una indicación de su voluntad, tal vez de un gusto de su capricho! De aquel apasionado corazón es ella la señora; de aquel incomparable carácter, la soberana... Sofía podía entregarse á la complacencia de reconocer esta propiedad, de creerse en esta posesión y lejos de tener este sentimiento por flaqueza ó por ocasión de peligro, abandonarse á él como á una inspiración de virtud y como al cumplimiento del deber.

Sofía no podía rehuir la tentación de inspirar á Enrique mayor confianza, de otorgarle derechos de mas tierna intimidad. Sofía debía acoger aquella mano cuando mas cordialmente estrechaba la suya, reclinarse descuidada sobre su brazo cuando se sentía fatigada, ó apoyar su frente en sus hombros cuando se sentía conmovida.

Aquellas demostraciones no podían parecer tentativas de seducción ni descuidos de indiferencia. Aquellas condescendencias no podían ser veleidades de capricho ni fingimientos de coquetería. Enrique recibíendolas como un hombre de sensibilidad reconocida y de delicadeza acrisolada; Enrique, aceptándolas como un hombre de culto de amor y de religión de fe, debía creer que su prima cedía, sin sombra de recelo ni artificio de segunda intención, al ascendiente, al fin consentido y victorioso, de tanta ternura y de tan firme consecuencia...

Enrique era dichoso: estaba radiante de gozo, iluminado de felicidad; y comprenderlo y contemplarlo era para su compañera una nueva poderosa seducción. Sofía no había visto á persona alguna gozar tanto en el placer que ella misma sentía, á ninguna existencia tan penetrada de su propia existencia; no había visto á ningún hombre abismarse tanto en la ternura que de ella emanaba y recibir de ella tanta felicidad y tanta vida; y hubo instantes en que comprendió, por vez primera, el indefinible encanto que encuentra el corazón de la mujer en que sea tan absoluto y tan intenso el imperio de su alma y el magnetismo de su hermosura... Hubo momentos en que acaso los dos se sorprendieron de sentir cuán cerca uno de otro palpitan sus corazones, cuán húmedo recibían, uno de los labios de otro, el próximo amoroso aliento.

Hubo un instante en que Sofía miró á Enrique, velado en aquella gasa de la noche, que idealiza con formas indecisas y con mas suaves contornos aquellos rostros trasfigurados, en que los ojos agotan su brillo en el arrobamiento de contemplarse, y los labios se abrasan en la sed irresistible de confundirse. Sofía recibió en una de aquellas miradas todo el fuego de la fulguración amorosa de aquel espíritu; aquel instante de contemplación casi pudiera tenerse por una caricia; y si no miró á Enrique con la intuición sobrenatural en que el éxtasis de la pasión identifica la personalidad de dos amantes, sintió, sin embargo, bastante arrobo, para concebir una esperanza de la felicidad que le aguardaba en la compañía y en la ternura de aquel hombre... Sin duda no era el amor de los cielos. ¿Qué mucho?...

Tampoco el esplendor de aquellos astros y el azul de los horizontes, y el perfume de las brisas, que bastaban á encantar sus ojos y á embelesar sus sentidos, eran el ideal con que su alma concebía, y esperaba mas allá de las estrellas y sobre los visibles resplandores del firmamento, el fulgor sobrenatural del empero y la visión de la gloria de los ángeles...

Por desgracia en el momento mismo de aquella inusitada y sorprendente revelación de felicidad, un sonido lúgubre y siniestro rasgó los aires y vino á golpear contra su corazón, con un doloroso martillazo dado en el alma... Sofía dió un grito de terror... Era que la campana de la parroquia había perturbado el silencio de la noche con un tañido doliente, pausado, monótono, como los últimos suspiros de un moribundo...

Sofía conocía ya aquella señal y aquella costumbre del país... Era el toque de la agonía. La estremecía siempre. Siempre la hacía despertar cuando sonaba de noche, siempre la hacía perder el color cuando la escuchaba de dia, siempre le parecía que iba á anunciar á su corazón el fallecimiento de una persona amada... Con mayor espanto y con mas profundo pavor, sobreogida en aquel instante, oyó la fúnebre señal que interrumpió las mas dulces esperanzas de su corazón, como un severo aviso del cielo, como un presagio funesto del destino...

Soltó Sofía instantáneamente el brazo de Enrique, é hizo sobre la frente la señal de la cruz, murmurando una medrosa plegaria por aquel desconocido agonizante. Involuntariamente apresuró el paso, como si la sombra de un aparecido viniera siguiéndola; pero al cruzar antes del último repecho que conduce á la colina de su morada la senda que atraviesa de la iglesia al grupo de casas de la derecha de su camino, oyeron entre los ár-

boles la salmodia de un canto lúgubre; y luego mas cerca el mesurado lento andar de muchas personas que marcharan al compás de aquella canturia.

Aproximándose mas en la direccion que al parecer seguia aquella procesion, vieron primero pasar solo, como huyendo despavorido, pero rezando y sollozando, y tomándose con sus manos la desnuda cabeza, la descompuesta figura de Pablo el Triste, que parecia evitar que le reconocieran ó alcanzaran; luego á alguna distancia, y á la luz rojiza de dos teas de resina y de algunos blandones de cera amarilla, venia un número considerable de mujeres, veladas de pardas mantillas, entre las cuales dos hombres conducian, uno tras otro, la manga parroquial y un estandarte negro.

Al pié de la manga iba un sacerdote, y las mujeres cantaban á coro en su tono lamentable, el rosario de *la buena muerte*. Seguía detrás, precedido por la luz de dos trémulas antorchas y sustentado por cuatro mujeres, un ataúd descubierto y vacío, en cuya cabecera resaltaban sobre la oscuridad dos almohadas blancas y guarnecidas como las de un lecho matrimonial.

Y en pos del ataúd parecia cerrar la marcha de aquel singular cortejo un hombre, debajo de cuya capa, descaudadamente colgada en los hombros, brillaba la botonadura dorada de un frac azul, abrochado hasta el cuello... Al paso de aquel hombre la cabeza de Sofia se inclinó de lejos con la expresion de una curiosidad indefinible, y quedó inmóvil hasta que la extraña silueta desapareció enteramente en las sombras. Sofia, que antes se habia estremecido, parecia haberse petrificado.

Primero parece que tiembla ó que tiritá, luego hay un momento en que desenceja el terror sus ojos espantados; mas en seguida, haciendo un esfuerzo penoso, limpiándose la frente como si sudara y ayudando con su mano á la respiracion de su pecho, volvióse á quedar tranquila, pero revestida en su semblante de una sobrehumana palidez, y en su actitud de cierta rara y enérgica impasibilidad... Enrique habia observado ya con amargura de qué manera el repentino toque y la vision medrosa hiciera en el ánimo de Sofia el efecto de una aparicion sorprendente al que despierta, interrumpido en un sueño profundo; habia visto que al impensado pasar de aquellos aprestos de muerte, su alma dormida se habia despertado sonámbula; pero al observar el raro estupor que de ella se habia apoderado mirando las últimas personas de aquel funerario cortejo, parecióle que no era el natural pavor lo que habia producido en su prima tan brusca sucesion de súbitas encontradas impresiones...

Recordando cuanto habia padecido en la calentura nerviosa de sus dolorosas alucinaciones, hubo de temer que tan delicada organizacion, de improviso conmovida volviese á los accesos y á los peligros de su sonambulismo delirante. Mas cuando la vió al punto poseida de la conciencia de su situacion y del sentimiento de la realidad, determinóse á dirigirla preguntas y á provocar explicaciones sobre la extrañeza y susto con que habia visto aquellos preparativos funerales...

— Sin duda llevan ese ataúd, dijo Enrique, para la persona por quien han tocado á agonía... Y es mujer sin duda, porque la conducen mujeres...

— Ya lo comprendí yo... respondió Sofia con cierta expresion de enojo... Y hasta hubo un momento en que he creído que aquel ataúd le llevan para mí y que me lo encontraré en mi casa... No te asustes, añadió cambiando el tono en otro casi jovial, y con el aire de una serenidad formidable. Es que se me figuró ver detrás de aquel féretro, y á veces apoyando la mano en sus almohadas, el hombre que te acompañó para traerme del Valle-de-flores la noche que me puse mala... Y bien pudiera acontecer que la aparicion de desventura que me trajó entonces la enfermedad, me llevara hoy la muerte... De aquella figura siniestra me ha quedado tan ominoso recuerdo... Aquella especie de espectro vivo me causó una impresion tan funesta, que me ha reproducido por un momento el terror de mi mal... Pero no temas... cesará... hoy no te acompaña... hoy no me sigue...

¿Qué era lo que pasaba entonces en el alma de Sofia?... Mal podia ella explicarlo ni Enrique comprenderlo... Lo único que pudo Enrique pensar fué que no era conveniente para la situacion de su prima, que no era permitido ni á su lealtad ni á su afecto consentir en que aquella figura permaneciese envuelta en el velo del misterio, que hacia de ella una aparicion tan ominosa y funesta. El sabia quién era aquel hombre. El compromiso que le ligaba al secreto de algunos pormenores de su situacion y de su vida, no debia llegar hasta permitir una creencia que en sí misma era una ficcion, y que para la salud y la imaginacion de Sofia se habia hecho un peligro.

La obligacion de una prudente reserva no debia convertir un secreto de situacion en una engañosa quimera. Creyó que sin faltar á la religion de la amistad bien podia levantar una punta siquiera del velo de aquel arcano, en obsequio á la calma de una imaginacion enfermiza y en desagravio de una reputacion acrisolada y comprometida.

— Hija mia, respondió con blandura, pero con gravedad, Enrique, no me asusto yo... eres tú quien debe tranquilizarse. Esa persona y esa figura no deben ser para tí de siniestro agüero. Esa figura, esa persona, Sofia, no tiene nada de aparicion, ni de quimera, ni de espectro.

— ¿La has visto tú? ¿La conoces tu?... preguntó Sofia con una tranquilidad que no dejaba percibir á Enrique la expectativa de ansiedad mortal con que era atendida su respuesta...

— Sí, Sofia, la he visto, la he reconocido, la conozco, replicó Enrique, y no hay motivo para que sea para tí aparicion de espanto y nuncio de calamidades, quien nunca ha pasado por cerca de nosotros sino como genio de luz y de bondad. Ese hombre, Sofia, no es ningun ominoso portador de desventuras, no es ningun fantasma evocado por el genio de las tinieblas ó por el espíritu de las pesadillas... Es solamente un hombre desgraciado y un hombre superior...

Sofia se habia parado inmóvil como una estatua, y clavaba, abiertos y fijos en su primo los maravillados ojos...

Enrique continuó.

— Es un hombre que conozco desde que vine al mundo... y para tí misma hace mucho tiempo conocido. El es aquel singular amigo de quien desde nuestras primeras conversaciones hemos hablado. El es aquel carácter que en un tiempo te enseñé á admirar, y que tú me has acabado de hacer comprender; es aquel á quien desde mis primeros años ha rendido mi espíritu tributo de veneracion, y mi amistad fanatismo de idolatría; es aquel sabio que formó mi razon, que levantó mis pensamientos, que dió un cimiento firme y una direccion metódica á mis estudios. El es quien apartó mi juicio de sutiles quimeras y quien hizo aparecer á mis ojos como puerilidades ridículas, tantas que se llaman doctrinas sublimes ó teorías elevadas. El fué quien encaminó los pasos de mi juventud por la vereda recta y humilde de la vida práctica y vulgar, quien me hizo ver la elevacion y el heroísmo del alma en el diario cumplimiento de las virtudes modestas, en el oscuro desempeño de los trabajos honrados. Y si quizá hay en mi alma, bajo esta desabrida corteza, algun sentimiento poético, alguna inspiracion ideal, algun pensamiento y designio de mas remontado vuelo, á él tambien se lo debo, Sofia, y ¿quién sabe si tú misma tambien?... Que no es otro que él, aquel filósofo inspirado, aquel escritor elocuente, aquel pensador profundo, aquel espíritu profético y ardiente, aquel poeta incorrecto y sombrío, cuyas páginas leímos muchas veces juntos, cuyos versos aprendías tú de memoria y recitabas con tanta emocion... Y mas aun, Sofia... El fué el ángel que la Providencia hizo pasar en una hora crítica ante las puertas de tu casa desolada, para que hiciera buscar á Irene y conducirla invisiblemente á tu mansion, en una noche de mortandad espantosa... y aquel hombre no volvió jamás á pedirte tu gratitud... Y él fué quien otra noche estaba á dos pasos de tí, para recogerle moribunda, delirante y llevarte á tu morada, sin que tú supieras nunca su nombre ni siquiera lo preguntaras... Ya lo ves, Sofia... no es un extraño... no es un desconocido... no es un ominoso fantasma de maldicion... no es un genio de desventura.

— ¿Y por qué se oculta ese hombre como un malhechor? interrumpió Sofia con una entonacion extraña y casi feroz. ¿Por qué no le conozco yo? ¿Por qué no le he visto jamás á la luz del dia ni entre las realidades del mundo?... ¿Qué mucho que yo le viera en la region de los aparecidos, cuando vosotros que le conocéis, me lo habeis hecho contar en el número de los muertos?

— Tambien nosotros le contamos, Sofia, respondió Enrique... Grandes infortunios le obligaron á grandes trabajos y á dilatados viajes. Su existencia estuvo mucho tiempo envuelta en la incertidumbre de una ausencia indefinida... Mas tarde, otros proyectos y otras obligaciones le han alejado de un teatro, donde tiene motivos para no querer volver á figurar. Nosotros, los que compadecemos sus escándalos de infortunio, debimos ser leales á los misterios de su retiro. El mundo le habia maltratado; hemos dejado que le olvidara. Créale muerto ó perdido; no debíamos sacar de su error á una sociedad, para la cual realmente estaba perdido y muerto. No debimos levantar el velo de la distancia para quien de nuevo se prepara á mas larga ausencia. El interés de un triste legado, el cuidado de un sagrado depósito le hizo aparecer algunas veces en estos campos. A una sola persona le importaba; solo esa era menester que lo supiera. Tenia la obligacion de vigilar por una jóven enferma... cómo la desempeñó, el cielo lo sabe; pero yo sé tambien, Sofia, que esa infeliz, de cuyo lecho de agonía no se apartó un punto hace dos meses, no le habrá tenido por genio ominoso ni por aparicion funesta, á él, ángel de paz, serafín de caridad... Despues de muerta esa pobre criatura, cuya situacion le detenia, ya no le volveremos á ver; no te se aparecerá... y yo seré quien quede mas solo que nadie... Ese, de quien tú dices que huye y se esconde como los malhechores, desaparecerá como los enviados de la Providencia... No dejará entre nosotros, no, el llanto del infortunio, sino el que, los que tanto le amamos y le debemos, lloraremos noche y dia sin consuelo... los que, si alguna vez se nos apareciera, recibiríamos su visita como un mensaje de bendicion...

Y las lágrimas corrian de los ojos de Enrique, concluyendo estas palabras, y luego continuó diciendo:

— Ya lo ves, Sofia, he dicho lo que debo á tu reposo, sin faltar en lo que debo á su amistad. Sabe el cielo que no he querido satisfacer una curiosidad excitada, sino tranquilizar una imaginacion enferma... No, Sofia; ese hombre no puede llevar un ataúd á tu casa... lo que él quisiera tal vez llevarte, sería...

Pero Enrique se interrumpió, profundamente conmovido; comprimióse su garganta, como si un sollozo le ahogara; y sus dientes y sus labios se apretaron, como atajando la conclusion de una frase indiscreta.

— Acaba, le dijo Sofia con el mismo anterior tono imperioso y resuelto... ¿Qué querria llevarme ese hombre?..

— Nada, contestó Enrique... lo que no te puede llevar hombre alguno... ni él... ni yo...

Enrique habia pronunciado estas palabras con inusitado tono de fuerza, entre abatido y despechado... como si por delante de sus ojos viera tambien cruzar una aparicion siniestra y ominosa...

Y á todo esto Sofia no respondió... habia oido toda aquella rápida explicacion sin contestar mas que las cortas anteriores frases... Despues nada añadió, nada observó, nada dijo; ni en su actitud, ni en sus palabras, ni en su gesto, ni en su mirada denotó la menor extrañeza, ni admiracion alguna. Se habia parado para oír, y echó á andar con rapidez y desembarazo, como si le faltara mucho camino. Y sin embargo, era fácil ver que una gran transformacion se habia verificado en su ánimo al escuchar aquel extraño relato. Enrique podia advertirlo, pero no estaba al alcance de profundizarlo ni siquiera de comprenderlo.

Sofia habia quedado silenciosa, pero no abatida. No se ocupaba tanto de sí como otras veces, y las miradas que dirigia á su primo eran mas bien como si de él tuviera compasion y lástima. Parecia preocupada, pero no exaltada y delirante. Nada habia en ella de su anterior sonambulismo, nada de su extático abandono. Diríase, por el contrario, que sentaba el pié muy firme en el terreno de la realidad, en el suelo de la vida. Las fantasmas de su situacion habian desaparecido; no habian quedado mas que espesas tinieblas. Pero veia bien su sombra; en un instante habia penetrado la verdad de todos aquellos misterios, en un momento aciago se habia desvanecido la ilusion de sus mas galanas esperanzas. En la realidad de un pavoroso desengaño ha visto deshacerse la nube que un instante la habia ofuscado con la vision de nuevos deseos, con el halago de nuevas caricias. Todo pasó... todo era engaño, todo era alucinacion, todo era crimen. Aquellas familiaridades que habia consentido, aquellas demostraciones á que se habia aventurado, aquellas esperanzas que habia tal vez infundido, eran caprichos infames, falacias horribles, veleidades abominables; eran caricias adúlteras, eran usurpaciones criminales. No hay para ella esperanza, no hay remedio, no le queda duda. No ha amado en su vida á otro hombre, no podrá amar á otro que aquel. Aquel era al fin todo su pasado, de aquel todo su porvenir. Huyendo de él, acudió á la soledad, y la soledad se le devolvía. Habia pedido sus fuerzas á la razon y la verdad, y la verdad y la razon venian á convertir un delirio en sensatez, y un extravío en virtud... Habia querido arrojarle en los brazos de otro amor, y á aquel amante le encontraba postrado, el primero, á los piés de aquel hombre, como ante las aras de un ídolo... Habia invocado la proteccion del cielo, y el cielo le respondia con un toque de muerte y con el espectáculo de un féretro vacío... Y todavia luchará hasta lo último, y luchará hasta con el infierno, porque aquel mismo féretro, que aquel hombre acompaña, está ocupado por otra, y aquellas mismas almohadas, que él iba arreglando piadosamente con su mano, no están destinadas á que repose su cabeza...

Trepó Sofia en esta meditacion silenciosa y en esta resolucion determinada la espiral pendiente que conducia á los umbrales de su habitacion; y allí, á la luz de la lámpara de su puerta, pareció mirar á Enrique con intencion extraña y vivísima... Diríase que queria reconocer en su semblante como la semejanza ó la aparicion de otra nueva ó diferente fisonomía, ó que tal vez contemplaba la dulce figura de su tierno amigo con la expresion tristísima con que se miran las personas queridas que nunca mas pensamos volver á ver...

Subió Enrique hasta la antesala, donde pidió, como siempre, sus órdenes.

— No vengas mañana, le dijo Sofia: fundada ó supersticiosa, esta impresion triste que acabo de recibir, déjame que la gaste y la venza. Quiero asociarme á la realidad de ese oscuro infortunio y de ese ignorado duelo... Quiero consagrar piadosamente el dia á esa pompa de muerte que me asustó esta noche. Quiero asistir *sola* á esos funerales, yo, que tengo tantas relaciones con los muertos...

— Serás religiosamente obedecida, contestó Enrique estrechándole la mano; pero no creí esta mañana, continuó dirigiéndola una dulcísima doliente mirada; no creí, conduciéndote tan alegre á la fiesta, que nos habíamos de separar con palabras tan tristes.

Retuvo Sofia aquella mano, y mirándole á su vez de hito en hito, con expresion de sobrenatural ternura:

— Es verdad, exclamó, pobre amigo mio; es verdad que no te debo una despedida tan fria... que no debes acordarte de mí sino con una memoria tan tierna como mi corazón... adios, adios...

Y diciendo así, y con el raptó de un movimiento inesperado, le echó los brazos al cuello, le estrechó apretadamente contra su corazón, y le besó una y otra vez en la frente y en ambas mejillas con efusion indecible... Aquel hombre, desvanecido y aterrado, no sabe, en la estupefaccion de su sorpresa, si es aquello una felicidad que le anonada ó un delirio que le aterra...

Sofia, en tanto, suelta los brazos á su primo, huye precipitadamente á su gabinete y cierra tras sí la puerta... Despues de algunos minutos oyó los pasos de Enrique, que descendia lentamente la escalera. Abrió la ventana de su aposento, que caia sobre el camino, y le sintió detenido en los umbrales de la casa, sollozando y limpiando sus ojos... Vióle luego salir, sin duda cuando él conoció que se abria la ventana... Sofia tremoló su pañuelo, pronunció su nombre desde lo alto, y le envió otro adios y un tierno saludo de buena noche... Levantó Enrique los ojos en la oscuridad hácia aquel

balcon, y sin duda debió recibir tranquilidad de la última demostracion y palabra de su prima... Hizola entonces tambien con el pañuelo su postrimer saludo, y desapareció por entre los árboles de la colina...

Sofia quedóse allí, como si siguiera los pasos de Enrique, como si viera su camino... Quedóse allí asomada, mirando hácia el valle, mirando hácia el mar, mirando hácia las montañas... Pasó allí toda la noche, sentada delante de la ventana abierta, inmóvil, cruzados los brazos, ora levantando su frente á los astros del cielo, ora dejándola caer abrumada, cual si pesara sobre ella todo el mundo... ¡ay!... era el peso irresistible de un solo pensamiento... No tiene acción, no tiene llanto; no gime, no convulsa, no solloza, ni suspira... Meses antes, una mañana de mortal congoja, habia dicho, arrojándose en los brazos de Irene: « ¡Estoy loca!... » No hace mucho, á pocos pasos de allí, una tarde de deshecha tormenta, arrodillada y con las manos derechas, decia al cielo, en el éxtasis de una plegaria: « ¡Ya estoy curada!... » ¿Qué es lo que dice ahora de cuándo en cuándo, con ronco y gutural acento, la infeliz criatura, sosteniendo con su mano aquella frente pálida, fria, desplomada?... No mas que esta desesperada exclamacion: « ¡Estoy perdida! »



El general de Maudhuy.

y en 1848 mandaba la guardia movilizada de Paris hasta que fué licenciada.

En clase de coronel formó parte del ejército expedicionario de Crimea y fué nombrado en 1857 general de brigada, grado que conservó hasta 1870 en que ha sido promovido á general de division, y como tal se puso al frente de la segunda division del 13º cuerpo de ejército mandado por el general Vinoy.

Sabido es que el 13º cuerpo enviado al mariscal MacMahon no pudo llegar á tiempo, y que la batalla de Sedan le obligó á emprender una retirada que hace el mayor honor al general Vinoy.

De vuelta en Paris, el general de Maudhuy ha tomado parte en la defensa de la capital con el cuerpo á que pertenece, y cuyas tropas pelearon sucesivamente en las acciones del 19, 22, 23 y 30 de setiembre.

Al general de Maudhuy y á su division se debe el haber recobrado la posicion de Villejuif, el hecho de armas mas glorioso para las tropas francesas desde el principio del sitio.

En la reciente formacion de los tres ejércitos de Paris, el general de Maudhuy ha sido llamado al mando de la segunda division del primer cuerpo del segundo ejército, que manda en jefe el general Ducrot.

C. P. D.

Libro cuarto.

VOTOS CUMPLIDOS.

I.

Quando Sofia, asomada á la ventana, en la contemplacion febril de un desesperado insomnio, repetia con amargo desconsuelo la frase cruel que ha sido nuestra última palabra, tal vez se creia alcanzada de aquella maldicion con que el autor de la *Nueva Eloisa* ha condenado la lectura de su propia novela.

« Toda mujer que se atreva á leer estas páginas es una mujer perdida, » estampó al frente de su obra mas bella el sofista de Ginebra.

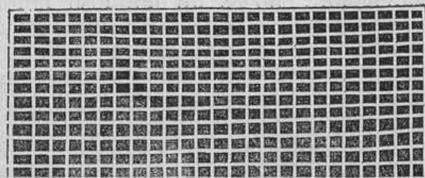
No es extraño... Al fin J. J. Rousseau habia nacido y se habia criado en la ciudad y en la doctrina de Calvino... Despues de todo, es bastante natural que el que habia arrojado al hospicio á los hijos de su amor, á los engendros de su ingenio los condenara al infierno.

No tenemos, en verdad, nosotros el talento del autor de *Julia*; pero no somos tampoco parricidas de nuestros propios pensamientos ni blasfemamos de nuestras propias inspiraciones. No somos calvinistas, disfrazados de *espíritus fuertes*, ni misántropos con sentimentalidad, ni epicúreos con presuncion de platónicos. No creemos en la divinidad de nuestros propios oráculos; y por mas que á las veces vistamos de formas dogmáticas y arrogantes la humildad de nuestra fe ó la modestia de nuestra duda, no estamos bastante corrompidos para escribir á sabiendas páginas que perviertan ó máximas que desmoralicen. Quédesse para los Atilas del mundo moral ó para los Gensericos de la historia, llamarse á sí mismos azotes de Dios, y cumplir una mision de exterminio con la conciencia fria de ser enviados por el cielo. Nosotros no escribimos para vengar ninguna raza ni para derribar ningun imperio; merced á la insignificancia de nuestro destino y á la exigüidad de nuestras fuerzas, no venimos para destruir una civilizacion, como el caudillo de los hunnos, ni para inaugurar una gran revolucion, como el filósofo de los Andes.

(Se continuará.)

El general de Maudhuy.

El general de Maudhuy comenzó su carrera en el sitio de Amberes. Habia salido de la Escueta militar en 1829,



Muestra de los despachos foto-microscópicos.

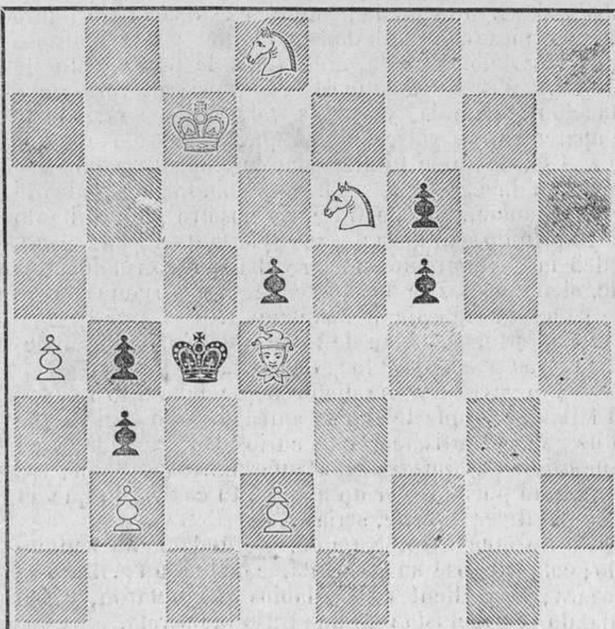
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 325.

- 1 T 7ª ARª A toma T
- 2 T 2ª ARª P toma T
- 3 A 5ª CRª
- 4 C 3ª A ó 6ª A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 326, POR M. V. GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los despachos foto-microscópicos.

¡Paris va á recibir comunicaciones de las provincias y del extranjero! En una ciudad sitiada esta noticia es cosa sorprendente, y así es que todo el mundo se pregunta:

— ¿Será verdad? ¿será posible?

Es otro milagro de la ciencia, milagro que se debe á la comision científica de la defensa nacional presidida por M. Berthelot.

M. de Almeda, miembro de esta comision, ha tenido la feliz idea de aplicar la fotografia á la correspondencia de los departamentos.

A consecuencia de experimentos personales hechos con un aparato de M. Dagron, inventor de esta clase de fotografia, y habiendo recurrido al auxilio de M. Dagron, no tardó en poder presentar al gobierno sobre una superficie de *un milimetro* cuadrado una página entera del *Journal officiel*. ¡Una página entera de un periódico reproducido sobre una superficie de un milimetro cuadrado! Si, no hay error en lo dicho. Y la sorpresa del lector llegaria al colmo si me estuviese permitido dar á conocer los medios seguros de comunicacion, que no son los palomos, hallados por el inventor y aplicados á este nuevo sistema de correspondencia.

Así ha sucedido que el gobierno ha confiado inmediatamente á M. Dagron el encargo de trasladarse á Clermont Ferrand para organizar allí el nuevo servicio. M. Dagron salió el juéves último, con todo el material necesario y se ha comprometido á enviar á Paris diez mil despachos cada dia. Hoy debe haber llegado á su destino, y de un momento á otro los parisienses esperan las contestaciones á las cartas que están escribiendo hace dos meses y que salen en los globos.

Hé aquí cómo debe funcionar el nuevo sistema:

Los despachos que se han de enviar podrán tener hasta 40 palabras, reunidos tipográficamente por grupos de 50 despachos en hojas de papel de 13 centímetros sobre 18. Seguidamente las hojas serán reproducidas sobre *clichés* fotográficos ordinarios, y estos clichés, de 50 despachos cada uno, se reducirán á la dimension microscópica de *un milimetro* y luego por grupos de 200; por manera que diez mil despachos no ocuparán en superficie mas de 40 centímetros cuadrados, ó sea un paralelogramo de 2 centímetros sobre 5.

A su llegada se leerán los despachos microscópicos segun la proposicion de M. de Almeda, con un megacopo que proyectará las líneas en una pantalla delante de la cual habrá escribientes para copiarlos.

Tal es la invencion cuyos primeros resultados conocemos ya, por el primer envio hecho de Tours el 8 de noviembre con 250 despachos de las provincias y del extranjero.

L. C.